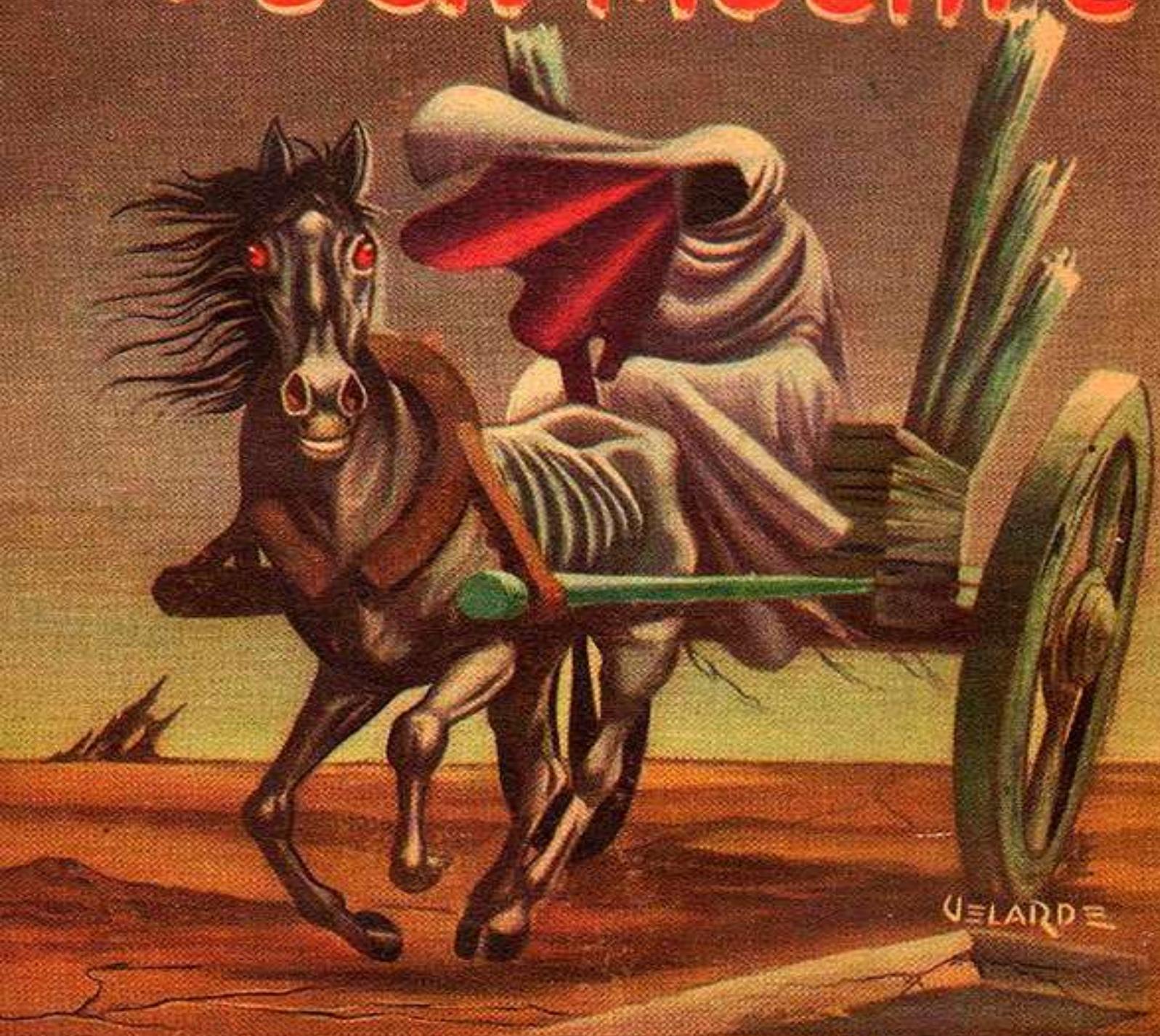


EL CARRETERO DE LA MUERTE



GELARDE

SELMA LAGERLÖF *se*

En el carretero de la muerte, un joven se encuentra moribundo luego de ser agredido por dos vagabundos que solo minutos antes eran sus compañeros de borracheras. Tiene una hemorragia interna. No hay prácticamente esperanzas de ser salvado. Es de noche, se encuentra oculto en el jardín de la iglesia, y a pesar de que hay mucha gente en la calle por ser la noche de San Silvestre y estar sonando las campanas que dejan atrás el año viejo, nadie penetra en el jardín.

Apenas el reloj ha lanzado la última campanada de la media noche, un rechinamiento se deja oír, como provocado por una rueda mal engrasada. No tardó mucho en darse cuenta que el sonido no es otro que la carreta de la muerte, la cual esta dirigida por el carretero, y aquí lo invade el miedo al recordar que el conductor no es siempre el mismo, sino el último hombre que muere en el año, aquel que entrega su alma al sonar la última campanada de las 12 de la noche. El reloj lanza la última campanada.

I

UNA pobre muchachita del Ejército de Salvación agonizaba enferma de tuberculosis, de esas rápidas y brutales que no se resisten más de un año.

Mientras pudo, había continuado sus guardias y cumplido sus deberes; pero cuando le faltaron las fuerzas, fue enviada a un sanatorio. Allí había sido cuidada durante algunos meses, sin experimentar mejoría alguna; y comprendiendo que estaba perdida, volvió al lado de su madre, que vivía en una casita propia en una calle de las afueras. Allí, postrada en cama, en una alcoba mísera, en la que había pasado su infancia y su primera juventud, esperaba la muerte.

Su madre se había instalado junto a su lecho. La pena le había partido el corazón, pero estaba tan absorta en sus cuidados de enfermera, que apenas le quedaba tiempo para llorar. Una salutista^[1] que, como la enferma, pertenecía a la clase de las visitadoras se hallaba al pie del lecho y vertía silenciosas lágrimas. Sus miradas se detenían con la mayor devoción sobre el rostro de la moribunda, y, cuando las obscurecían las lágrimas, se secaba los ojos con un rápido gesto. Sobre una sillita baja muy incómoda, que la enferma había tenido siempre en gran estima y que la había llevado consigo en todas sus mudanzas, yacía sentada una mujer recia, con la S de las salutistas bordada en el cuello de su corpiño. Le habían ofrecido un lugar más cómodo, pero ella deseaba continuar en aquel sitio, poco confortable, como si quisiera con ello, en cierto modo, honrar a la moribunda.

Aquel día no se parecía a los demás. Era el de San Silvestre. Estaba el cielo pesado y plomizo. En las casas se notaba el frío y el mal tiempo; pero, afuera, el aire era asombrosamente tibio y dulce. El cielo permanecía negro, sin nieve. Algunos copos desperdigados caían lentamente, fundiéndose en

cuanto tocaban la tierra. Era inminente una gran nevazón; pero aún no se producía. Se hubiera dicho que el viento y la nieve juzgaban inútil comenzar ya nada el último día del año, y se reservaban para el nuevo, tan próximo ya.

El mismo influjo parecía dominar a los hombres. No tomaban decisión alguna. Las calles no estaban animadas; no se trabajaba en las casas. Frente a la morada de la agonizante, se extendía un terreno en el que se había comenzado a echar los cimientos para una edificación. Algunos obreros se habían presentado por la mañana, habían alzado sus gruesos martillos, cantando, como de costumbre; después los habían dejado caer; pero no continuaron haciéndolo mucho tiempo, y pronto el solar quedó desierto con sus piedras.

Habían pasado algunas mujeres, cesta al brazo, dirigiéndose al mercado, pero esto sólo había durado unos instantes. Se había recogido a los chiquillos que jugaban en la calle, pues era preciso vestirlos para aquella tarde de fiesta, y luego no volvieron ya a salir. Los caballos arrastraban carros vacíos y se sumían en las lejanías del arrabal a disfrutar de un reposo de veinticuatro horas. La calma iba extendiéndose más y más, a medida que la hora del mediodía se acercaba.

—Es bueno para ella morir la víspera de una fiesta —dijo la madre—. Muy pronto no oirá ya nada del exterior que pueda turbar sus postreros momentos.

La enferma había perdido el conocimiento desde la mañana, y las tres mujeres, reunidas en torno al lecho, podían hablar lo que quisieran sin temor de que ella lo entendiese. Ni siquiera se daban cuenta de que la muchacha estuviese ya, en el período comatoso. Su rostro había cambiado de expresión varias veces durante el transcurso del día, había expresado asombro e inquietud; había adquirido un aspecto tan pronto implorante como torturado; desde un momento antes se hallaba impregnado de un tinte de indignación potente que parecía engrandecerlo y que lo embellecía.

La hermanita de los pobres estaba tan transfigurada, que su compañera, que se mantenía al pie del lecho, se inclinó hacia la salutista y murmuró:

—Mire usted, capitana, ¡cuán hermosa se vuelve sor Edit... tiene el aspecto de una reina...!

La recia mujer se levantó de su sillita baja para contemplar mejor a la moribunda. Seguramente no había visto ella jamás a la visitadorcita sin aquel aire de alegre humildad, que había conservado hasta el fin, por muy enferma y muy cansada que estuviese. De tal modo le impresionó el cambio, que no volvió a ocupar su asiento y permaneció de pie.

Con un movimiento brusco, casi impaciente, la hermanita se había incorporado sobre la almohada, y cerca estuvo de quedar sentada en la cama. Un rasgo de indescriptible nobleza daba a su frente una extraña majestad, y, aunque cerrados, sus labios parecían pronunciar palabras de censura y de desprecio.

La madre alzó los ojos hacia las dos salutistas asombradas.

—Los días pasados —dijo— ha estado también como ahora. ¿No era esta la hora en que solía hacer sus visitas?

La más joven de las salutistas lanzó una ojeada sobre el relojito de la enferma, colocado allí, cerca del lecho.

—Sí —contestó—. Esta es la hora en que ella se acercaba a los desgraciados.

Se interrumpió y se llevó el pañuelo a los ojos. Cuando intentaba hablar, los sollozos le oprimían la garganta.

La madre tomó entre las suyas una de las manecitas rígidas de su hija, y la acarició tiernamente.

—Lo ha pasado muy mal cuando los ayudaba a limpiar sus tugurios y cuando les sermoneaba por sus vicios —dijo, y su voz revelaba un sordo rencor—. Cuando se ha desempeñado un trabajo demasiado fatigoso, se llega a no poder separar de él el pensamiento... Ella cree hallarse ahora entre, ellos...

—Lo mismo ocurre —acotó la capitana con dulce voz— cuando se trata de un trabajo que se ha amado mucho.

Las mujeres vieron que las cejas de la enferma se fruncían y que entre ellas se formaba un pliegue que se hendía más y más, en tanto que su labio superior se desplegaba.

—¡Parece el ángel del Juicio Final! —dijo la capitana con acento de exaltación.

—¿Qué podrá ocurrir hoy en el asilo? —preguntó su compañera, que separó a las dos mujeres para pasar suavemente su mano por la frente de la agonizante.

—No se inquiete, sor Edit —añadió acariciándola—. Usted, sor Edit, ha hecho bastante por los desventurados.

Estas palabras parecieron haber tenido el don de libertar a la moribunda de las visiones que la atormentaban. La tensión, la cólera, borraron sus rasgos. La expresión dulce y dolorida que había sido casi invariable en ella durante toda su enfermedad, reapareció en su rostro. Entreabrió los ojos, y viendo a su camarada inclinada sobre ella, le colocó la mano sobre su brazo e intentó atraerla a sí.

La salutista adivinó más que comprendió el sentido de este ligero contacto. Tradujo la muda súplica de los ojos y se inclinó hasta los labios de la enferma.

—David Holm —articuló la moribunda.

La salutista movió, negando, su cabeza. Creyó no haber comprendido bien. La enferma realizaba supremos esfuerzos para lograr expresarse, y repitió, deteniéndose en cada sílaba:

—¡Da-vid Holm...! ¡En-viad a bus-car a Da-vid Holm...!

Y al mismo tiempo su mirada penetró en los ojos de su antigua camarada, hasta que esta por fin la hubo comprendido. Entonces se dejó caer en el amodorramiento, y al cabo de algunos minutos estaba de nuevo muy lejos, en medio de alguna escena atroz, que henchía su alma de irritación y de congoja.

Su compañera se irguió. No lloraba ya. Se hallaba presa de una emoción que había secado sus lágrimas.

—Quiere que enviemos a buscar a David Holm.

Parecía que con ello la moribunda había pedido algo terrible. La recia y fuerte capitana no sufrió menor alarma que su compañera.

—¡Holm! —gritó—. ¡No es posible! ¿Cómo podríamos dejar que David Holm llegase hasta el lecho de una moribunda?

La madre de la enferma, que había seguido los cambios de la fisonomía de su hija, cuyo rostro había vuelto a adquirir su aspecto de juez enfurecido, dirigió una muda pregunta a las dos mujeres.

—Sor Edit —dijo la capitana del Ejército de Salvación—, quiere que enviemos a buscar a David Holm; pero verdaderamente no sabemos si esto se puede hacer.

—¿David Holm? —interrogó la madre, perpleja. ¿Quién es David Holm?

—Es uno de los que más daño han causado a sor Edit, uno de aquellos sobre los cuales no ha permitido el Señor que sor Edit tuviera potestad.

—Pero acaso Dios haya querido, capitana —se arriesgó a decir la joven salutista—, que sor Edit lo domine en sus últimos momentos.

La madre de la enferma lanzó una amarga mirada:

—Ustedes han tenido a mi hija a su disposición hasta mientras la animó una chispa de vida. Déjenmela, ahora que va a morir.

La petición pareció no ser escuchada. La joven salutista recuperó su asiento al pie del lecho. La capitana tornó a sentarse en la sillita baja, cerró los ojos, y se sumió en una oración a media voz. Las demás comprendieron, por algunas palabras sueltas que hasta ellas llegaron, que estaba pidiendo a Dios por el alma de la joven hermana, para que pudiese en paz dejar la vida, sin ser preocupada ni atormentada por deberes y cuidados propios de este mundo de prueba.

Ella fue arrancada de su éxtasis por la joven salutista, que le puso dulcemente la mano sobre el hombro.

La enferma recuperó el sentido una vez más; pero esta vez no se presentó con su acostumbrado aspecto de humildad y de dulzura. Su frente se obscurecía bajo el reflejo de una tempestad interior. La joven salutista se inclinó con rapidez sobre ella, y oyó perfectamente clara esta pregunta expuesta en tono de reproche:

—¿Por qué usted, sor María, no ha enviado a buscar a David Holm?

La joven deseaba, sin duda, objetar algo; pero lo que leyó en los ojos de la moribunda le hizo enmudecer.

—Yo iré a buscarlo, sor Edit —dijo.

Y, después, dirigiéndose a la madre, como para excusarse, añadió:

—Jamás he podido rehusar nada a sor Edit, y no será esta tarde cuando comience a hacerlo.

La enferma tornó a cerrar los ojos con un suspiro de descanso, y, su joven compañera abandonó la pequeña alcoba, en la que volvió a imperar el silencio. La capitana oraba con fervor y acongojada. El pecho de la enferma se agitaba, y su madre se acercó a ella aún más, como para proteger a su pobre hija contra la muerte.

Al cabo de unos momentos, la enferma miró de nuevo en torno de ella, con el mismo aire impaciente que antes; pero cuando vio vacío el sitio de su camarada, comprendió que su ruego iba a ser atendido, y se dulcificó su expresión. No intentó ya hablar, no volvió a caer en su estado de inconsciencia, y permaneció despierta.

De pronto se oyó entrar a alguien y luego atravesar la habitación contigua. La enferma se irguió en su lecho. Su compañera se presentó en la puerta.

—No me atrevo a penetrar directamente —dijo—. Traigo conmigo demasiado frío. Capitana Andersson, ¿quiere venir un instante?

La mirada llena de atención de la enferma se fijó sobre ella.

—No he podido hallarlo —agregó—, pero he dado con Gustavsson y con algunas otras salutistas y me han prometido conducirlo aquí. Gustavsson me lo ha prometido y, si es posible, lo hará.

No había terminado de hablar, cuando ya la enferma había cerrado los ojos y se había sumido de nuevo en el mundo de visiones que la había absorbido todo el día.

—Ella lo ve, sin duda —cuchicheó la joven salutista.

Su voz trajo una especie de despecho que se apresuró a corregir.

—¡Aleluya! Esto no será una desgracia, puesto que obedece a la voluntad del Señor.

Se retiró silenciosamente, y la capitana salió tras ella.

Una mujer aguardaba en la primera pieza. Recién había cumplido los treinta años, pero tenía un aspecto tan incoloro, tan arrugado, como si hubiese sido estrujada por una mano ruda; sus cabellos eran tan lacios y su cuerpo tan macilento, que muchas viejas habrían parecido jóvenes al lado suyo. Estaba, además, tan andrajosa, que podría, en verdad, suponerse que se había cubierto de harapos para mendigar.

La capitana del Ejército de Salvación contempló a esta mujer con una brusca mirada angustiosa. No fueron sus pingajos lamentables ni su vejez prematura, los que la asustaron; fue la rigidez cadavérica de su rostro.

Ante ella tenía un ser humano que iba y venía, que se movía como todo el mundo, pero que aparecía absolutamente inconsciente. Parecía haber sufrido tanto, que su alma, sorprendida en medio de una encrucijada, podría de un momento a otro sumirse en la demencia.

—Es la mujer de David Holm —explicó la hermana joven—. La he encontrado así cuando fui a su casa a buscarlo. Él había salido, estaba ella sola, e incapaz de responder a mis preguntas. No me he atrevido a dejarla y, por esto, la he traído aquí.

—¡La mujer de David Holm! —exclamó la capitana—. Seguramente la he visto ya, pero no la hubiera conocido. ¿Qué será lo que habrá podido ocurrirle?

—¿Lo que habrá podido ocurrirle...? Ya se ve, me parece —respondió la hermanita joven con un movimiento de impotente cólera—. Su marido está dispuesto a matarla.

La capitana seguía mirando a la pobre mujer. Los ojos se le salían de las órbitas, sus pupilas tenían una obstinada fijeza. Entrelazaba sus dedos, y de vez en cuando un leve temblor hacía vibrar sus labios.

—¿Qué es lo que le ha hecho, Dios mío? —preguntó:

—No lo sé. No ha podido contestarme. Temblaba como ahora cuando yo llegué. Los niños estaban afuera, y no había nadie para poder informarse. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Ha sido preciso que esto haya ocurrido hoy justamente? ¿Cómo podré yo cuidarla, hoy, que no pienso más que en sor Edit?

—Probablemente la habrá golpeado.

—No; algo peor que eso debe de haber sido. Yo he visto con frecuencia mujeres apaleadas y no ofrecen nunca este aspecto. No, no, seguramente se trata de algo más grave —repetía con creciente terror—. Nosotros hemos visto reflejado en el rostro de sor Edit que algo terrible estaba ocurriendo.

—En efecto —exclamó la capitana—. Esto era lo que ella veía. ¡Alabado sea Dios porque sor Edit lo haya visto y porque usted haya podido

llegar a tiempo, sor María! ¡Dios sea alabado y gracias le sean dadas! Sin duda ha querido que sea salvada la razón de esta pobre mujer.

—Pero ¿qué voy a hacer con ella? Cuando se la toma de la mano, sigue, pero no entiende. Su espíritu está ausente. ¿Cómo recuperarlo para restituírselo? No tengo ningún poder sobre ella. Acaso tenga usted más éxito, capitana.

La recia y fuerte mujer tomó de la mano a la desgraciada y le habló con una voz dulce y severa, pero ni el más leve rasgo de comprensión se reflejó sobre el pobre rostro afligido.

Mientras estaba realizando estos esfuerzos, la madre de la enferma asomó su cabeza en la puerta.

—Edit se muestra inquieta. ¿Quiere usted venir?

Las dos salutistas entraron precipitadamente en la alcoba. La enferma se agitaba en la cama. Su excitación parecía originarse más bien por una inquietud anímica que por un malestar físico. Cuando vio que sus dos amigas ocupaban su lugar habitual, se calmó y cerró los ojos. La capitana hizo una breve señal a su compañera para que continuase allí, y se apresuró a salir.

En ese momento se abrió la puerta y dio paso a la mujer de David Holm.

Se fue directamente al lecho, y se detuvo, inexpresivos los ojos, temblando, como hacía pocos instantes, y enlazando sus dedos con tanta reciedumbre que hacía crujir sus articulaciones.

Durante un largo rato pareció no ver nada, pero poco a poco la fijeza de su mirada se relajó. Se inclinó un tanto hacia el rostro de Edit. De pronto adquirió un aspecto amenazador y siniestro; sus dedos se desenlazaron y se encorvaron como garfios. Las dos salutistas se levantaron de un brinco, temiendo que la demente se arrojase sobre la moribunda.

Entonces la hermanita abrió los ojos; vio al pobre ser tremendo, medio loco, se sentó en el lecho y le ciñó los dos brazos al cuello. Atrajo a la mujer hacia sí, con toda la fuerza de que aún disponía, y la besó en la cara, en la frente, en los ojos, en las mejillas, murmurando:

—¡Pobre señora Holm...! ¡Pobre señora Holm...!

La desventurada mujer intentó separarse de inmediato, pero repentinamente todo su cuerpo se estremeció; se deshizo en lágrimas y se postró de rodillas junto al lecho, siempre con la cabeza pegada al rostro de la moribunda.

—¡Llora, sor María; llora! —musitó extasiada la capitana—. ¡Está salvada...!

La más joven de las dos salutistas oprimió violentamente el pañuelo empapado en llanto que tenía en la mano y murmuró, haciendo un esfuerzo supremo para serenar su voz:

—¡No hay nadie más que ella para realizar prodigios semejantes, capitana! ¿Qué será de nosotras cuando no la tengamos ya?

En ese momento, ambas tropezaron con la mirada suplicante de la madre.

—Ya nos vamos —dijo la capitana—. Por otra parte, no es conveniente que su marido la encuentre aquí. —Y luego añadió, al ver que la joven salutista se disponía abandonar la habitación—: No, sor María; usted continuará al lado de su amiga. Yo me encargo de esta pobre mujer.

II

Esa misma tarde de Año Viejo, entrada ya la noche, tres hombres beben cerveza y aguardiente en el jardín que rodea la iglesia del pueblo. Están instalados en un campo marchito, bajo unos tilos cuyas negras ramas brillan de humedad. Han pasado la tarde en un bodegón, a la hora del cierre han venido a instalarse al raso. No ignoran que esa es la noche de San Silvestre, y, precisamente por esto, se han sentado en el jardín de la Iglesia. Quieren estar cerca del reloj para oír las doce campanadas de medianoche y brindar por el Año Nuevo.

No permanecen en la obscuridad. Los altos faroles eléctricos de las calles vecinas proyectan sus rayos luminosos sobre la calle. Dos de los hombres son ya casi ancianos; viejos vagabundos impenitentes, que se han aventurado en la ciudad durante estos días de fiesta, para beberse en ella los pobres céntimos reunidos mendigando. El tercero es un hombre de treinta y tantos años. Va vestido tan miserablemente como sus compañeros, pero es corpulento y bien formado. La vida no parece haber quebrantado su vigor. Tienen miedo de ser descubiertos y atrapados por la policía, se han aproximado entre sí y hablan en voz baja. El más joven es el que tiene la palabra, y los otros dos escuchan con una atención que les ha hecho olvidar sus botellas por un instante.

—Sí; yo tenía tiempo atrás un compinche —decía, y su voz resonaba grave, casi misteriosa, en tanto que un relámpago de malicia brillaba en sus ojos—; y el último día del año, este camarada se volvía otro. Y no es que tuviese que ajustar cuentas, ni que tuviese ocasión de lamentarse de los beneficios del año, no. Es que él había oído decir que en ese día podía acontecernos algo peligroso y siniestro. Permanecía silencioso e inquieto

durante todo el día y no se atrevía ni aun a mirar su vaso. Habitualmente no se hacía rogar; pero lo que es en una noche de San Silvestre, hubiera sido tan imposible arrastrarlo a una fiestecilla como esta, como imposible les sería, buenos amigos, brindar con el gobernador.

»Ustedes se preguntarán de qué tenía miedo. No lo declaraba jamás pregonándolo desde los tejados; pero una vez, sin embargo, me lo confesó. Pero acaso no les agrade oír contar esto, en esta noche. No se halla uno muy a su gusto en el callejón de una iglesia; en este lugar, en el que, sin duda alguna, hubo antiguamente un cementerio; ¿qué les parece?

Los dos vagabundos dijeron que ellos no conocían el miedo a los aparecidos. Y su compañero continuó:

—Sus padres eran señores. Él mismo había estudiado durante algún tiempo en la Universidad de Upsala, de suerte que sabía muchas más cosas que nosotros. Pues figúrense que si él se mostraba tan comedido la víspera del Año Nuevo, era solamente por temor a ser arrastrado a alguna pendencia, o expuesto a algún accidente en el que pudiera perder la vida. Sólo miedo de morir, en un día como este; pues él se imaginaba que, si así fuera, sería condenado a conducir el carromato de la Muerte.

—¿El carromato de la Muerte? —repitieron los dos vagabundos al unísono, con acento interrogativo.

El gran pícaro se refociló despertando su curiosidad, preguntándoles solemnemente si estaban decididos a escuchar esta historia en el lugar en que estaban. Pero los otros dos le apremiaron para que continuase.

—Pues bien. Mi compinche decía que había una vieja, viejísima carreta, por el estilo de las que usan los campesinos para llevar sus géneros al mercado; pero tan vieja, tan desvencijada, que jamás habría osado presentarse en los grandes caminos. Estaba tan cubierta de fango y de polvo, que no podía distinguirse de qué estaba hecha. Uno de sus ejes estaba roto y las llantas de las ruedas bailoteaban: ruedas que no habían sido engrasadas jamás y que chirriaban espantosamente. La cobertura estaba podrida; el almohadón del asiento reventado. Un viejo matalón, tuerto, cojo, con las crines y la cola blanquecinas, arrastraba este miserable vehículo. La delgadez de sus lomos mostraba su espinazo como la hoja de una sierra y podían contarse todas sus costillas a través de la piel. Las patas estaban

medio anquilosas, cansinas, y los arneses gastados, desteñidos y amarrados con bramantes y varillas de juncos; no quedaba en ellos el menor adorno de cobre o de plata; nada más que leves madroños de lana sucia; y las riendas, anudadas y desgastadas, estaban en armonía con los arneses.

Detúvose el narrador, y alargó la mano hacia la botella, para dar a sus oyentes tiempo de comprenderle.

—Acaso —prosiguió— no encuentren en esto nada de maravilloso; pero queda aún el carretero. Va sentado, sombrío y melancólico, en el destortalado pescante. Sus labios son de un azul negruzco; sus mejillas, pálidas, y sus ojos, vidriosos como espejos desazogados. Lleva una gran manta negra con un capuchón calado hasta los ojos, y en la mano, una hoz herrumbrosa y mellada, con largo mango. Pues no crean que este hombre sea un carretero vulgar. Está al servicio de un gran señor, severísimo, que se llama la Muerte. Noche y día camina para cumplir su cometido. Desde el momento en que alguien va a morir, se presenta con su vieja carreta chirriante, tan veloz como lo permite la pobre bestia derrengada.

Nuevamente se detuvo el narrador y trató de examinar el rostro de los dos vagabundos. Su atención era profunda. Continuó:

—Ustedes, sin duda alguna, han visto grabados representando a la Muerte, y siempre la habrán visto a pie. Es que el carretero de que yo les hablo no es la propia Muerte, sino solamente su lacayo. Ya comprenderán que tan alto personaje no se digna recolectar mas que lo más florido de la mies; y es a su carretero a quien confía la tarea de recoger los pobres trocitos de hierba y las ramillas que crecen al borde de las zanjas. Ahora viene lo más curioso de toda esta historia. Parece ser que aunque se trata siempre del mismo lamentable carromato, no es siempre su conductor el mismo carretero. Es el último hombre que muere en el año; aquel que entrega su alma precisamente al sonar la última campanada de las doce de la noche. Ese es el carretero predestinado por la Muerte. Su cuerpo será enterrado como el de los demás; pero su espíritu se verá obligado a ponerse el capuchón, a empuñar la hoz y a ir de casa en casa de agonizantes durante todo el año hasta que otro lo releve el día de San Silvestre.

El narrador se detuvo y lanzó a los dos hombrecillos una mirada de maliciosa espera. Observó que volvían la cabeza hacia atrás, realizando

vanos esfuerzos para ver la hora en el reloj de la torre.

—Acaban de dar las once y tres cuartos —dijo—. El momento peligroso no ha llegado aún. Ya comprenderéis ahora de qué era de lo que mi camarada tenía miedo. Era de morir precisamente al sonar la campanada postrera de medianoche la víspera de Año Nuevo y de convertirse, por tanto, en el carretero de la Muerte. Yo creo que todo el día se imaginaba oír chirriar el carricoche y rodar sobre las piedras de la calle. Pues fíjense bien: parece ser que el infeliz ha muerto el año anterior, justamente, la noche de San Silvestre.

—¿Y a la hora de medianoche misma?

—Sólo sé que murió esa noche, pero ignoro a qué hora. Por otra parte, yo pudiera haberle pronosticado que moriría este día, con el que tanto se había familiarizado. Si llega a apoderarse de ustedes una idea semejante, muy bien pudiera ocurrirles lo mismo.

Los dos hombrecillos haraposos asieron por el gollete sendas botellas y echaron un trago que les infundió nuevo valor.

Después de esto, lentamente, tambaleándose, procedieron a levantarse.

—¿Cómo? ¿Pretenden negarme su compañía antes del toque de medianoche? —gritó el hombre que había relatado la historia y que ya comenzaba a sentir su efecto—. No es posible que concedan tanta importancia a una vieja paparrucha como esta. El amigo de quien les he hablado era un poco flojo; ya ven que no era como nosotros, de buena cepa sueca. ¡Rápido, venga un trago más! ¡Siéntense, pues...!

—Felizmente nos hemos tranquilizado —agregó cuando vio que volvían a tumbarse en tierra—. Este es el primer lugar en que he podido estar en paz en el día de hoy. Por todas partes me he visto asaltado por las salutistas que querían llevarme a ver a una de ellas, sor Edit, que está en trance de muerte. Yo les he dado las gracias. No estoy para escuchar sus sermones y sus devociones. A eso hay que ir, ciertamente por propio impulso.

Los hombrecillos, por nubladas que estuviesen sus mentes después de los últimos tragos, se estremecieron al oír nombrar a sor Edit, y preguntaron si no era ella la que presidía la casa central de socorros.

—Sí, sí —respondió el joven—; varias veces me ha honrado con una particular atención durante todo el invierno.

»Supongo que estará en el número de nuestros amigos íntimos, y que no os será muy pesado el duelo.

Quedaba, sin duda, en el fondo del corazón de los dos viejos el recuerdo de algún beneficio de sor Edit, pues ambos declararon con firmeza y al unísono que si sor Edit había llamado a alguien, ese debía acudir al punto a su llamada.

—¿Es esa la opinión de ustedes? —inquirió el tercer camarada—. Iré si me dicen qué bien puede reportar a sor Edit el verme.

Ninguno de los dos caminantes trató de contestar a esta pregunta. Se limitaron solamente a porfiarle que fuera; y viendo que el otro rehusaba siempre y se burlaba de ellos, se encolerizaron tanto que le amenazaron con arrastrarlo allá si no iba de buen grado. Hasta se levantaron, arremangándose los puños, colocándose en situación de cumplir su amenaza.

Su adversario, consciente de ser el hombre más corpulento y más fuerte de la ciudad, sintió compasión por aquellos dos pobres andrajos humanos.

—Si es absolutamente preciso pelear —dijo—, estoy dispuesto. Pero me parece que podríamos muy bien tratar de entendernos, en atención, sobre todo, a lo que acabo de contarles.

Los dos borrachos no saben a punto fijo por qué están furiosos, pero su espíritu batallador está excitado, y se arrojan sobre el hombre a puñetazos. Tan seguro está él de su superioridad, que ni siquiera se levanta. Se contenta con sujetarlos del brazo y tirarlos a derecha e izquierda, como si se tratase de dos perritos; pero, como tales perrillos, vuelven al asalto y uno de ellos logra dar al gran mocetón un golpe bastante violento en el pecho. Un instante después el hombrón siente que algo caliente le sube a la garganta y le llena la boca. Como sabe que tiene un pulmón medio deshecho, comprende que aquello es una hemorragia. Cesa de luchar y cae al suelo mientras que un largo hilo de sangre brota de sus labios.

Esto es ya muy grave, pero lo que aumenta la gravedad casi irreparable es que los dos vagabundos, al notar que una sangre caliente les salpica las manos y ver que su adversario se tiende a lo largo, se imaginan que lo han

matado, y emprenden la fuga. La hemorragia cesa después de un momento, es cierto; pero vuelve al menor esfuerzo que realiza para incorporarse.

No es muy fría la noche; sin embargo, tendido en la tierra, el hombre se siente invadido por el frío y la humedad. Se da cuenta de que está perdido si alguien no acude en su socorro. Como el jardín está casi en el centro de la ciudad y es la noche de San Silvestre, mucha gente está en la calle, la escucha pasar por las calles que rodean la iglesia; pero nadie penetra en el jardín. ¡Cuán cruel es oír el ruido de sus pasos y escuchar el sonido de sus voces, y morir, acaso, tan cerca de ellos!

Espera aún un momento; pero bajo la mordedura del frío, en la imposibilidad de levantarse, se decide a lanzar un grito de auxilio.

Una vez más le persigue la desgracia, en el momento en que pronuncia su llamada, el reloj de la torre comienza a desgranar las campanadas de la medianoche.

La pobre voz humana queda ahogada por las ondas del bronce y nadie lo oye. Con el esfuerzo, la hemorragia se repite con violencia tal, que el desventurado teme perder hasta la última gota de sangre.

«¿Voy a morir precisamente cuando la campana da la última hora del año?», se dice y al mismo tiempo siente que se desvanece. Y cae en la inconsciencia y se sumerge en las sombras cuando el postre golpe sonoro anuncia que comienza el nuevo año.

III

APENAS el reloj ha lanzado la última campanada de la medianoche, un rechinamiento discordante y agudo atraviesa el aire. Se deja oír a intervalos, como originado por una rueda mal engrasada de un carro; pero es un chirrido tan penetrante y tan desagradable que no puede producirlo ni el vehículo más desvencijado. Produce angustia. Evoca como un presentimiento de todas las torturas y de todos los sufrimientos imaginables. Suerte es que este chirrido no sea perceptible para la mayor parte de las gentes que han trasnochado para esperar la llegada de Año Nuevo. David Holm, después de su terrible hemorragia, lucha y trata de recuperar el sentido. Le parece que algo le ha despertado; algo como el grito penetrante de un pájaro que pasase sobre su cabeza. Pero se siente presa de un aturdimiento al cual no puede substraerse. Bien pronto se da cuenta de que aquello no es un pájaro que chilla. Es la vieja carreta de la Muerte, cuya historia ha referido él a los vagabundos, la que se aproxima y que atraviesa gimiendo el jardín de la iglesia. Pero, aunque semiconsciente, descarta la idea del carro de la Muerte. Él se imagina escucharlo a fuerza de haber estado pensando en él hace un instante.

Vuelve a caer en su amodorramiento y de nuevo el terco chirrido corta el aire. Ciertamente es el ruido de una carreta. No es ilusión, es la propia realidad. Entonces David Holm sacude su modorra. Comprueba al instante que está aún en el mismo sitio y que nadie ha acudido a socorrerlo. Todo está como antes, salvo el rechinamiento agudo y persistente. Parece provenir de muy lejos; pero no cabe duda de que es esto lo que le ha despertado.

Se pregunta después si habrá estado desvanecido largo tiempo. No lo cree él así. Las gentes pasan muy cerca, hablándose y deseándose buen año, de lo cual deduce que acaba de sonar la medianoche. El chirrido se produce aún, y como David Holm ha sentido siempre horror a los ruidos estridentes, quisiera levantarse y marcharse. Lo intenta. Ahora que está despierto, nadie diría que tuviese en el pulmón una llaga abierta. No padece ya el frío de la noche y ya no siente su cuerpo dolorido... «Me incorporaré primero sobre el codo, muy despacio —piensa—; después me volveré y me tenderé de nuevo».

Cuando nuestro pensamiento dice: haré tal o cual cosa, estamos acostumbrados a ver que esta cosa se ejecuta enseguida. Pero esta vez se produce un fenómeno curioso. El cuerpo permanece inmóvil, y no obedece a los movimientos ordenados. ¿Podría ser que de tanto estar tendido en la plaza se hubiese helado? Mas, en tal caso, estaría muerto...

Pero David Holm vive, puesto que oye y ve claramente. Además, el tiempo no es propicio a la helada: las gotas de agua que se desprenden de los árboles caen sobre su cabeza.

Tan preocupado se halla por esta extraña parálisis que atenaza su cuerpo, que por un momento ha olvidado el tremendo chirrido, que vuelve a oírse de nuevo. Se aproxima. Se distingue el ruido del vehículo que desciende lentamente por la calle mayor. Seguramente se trata de alguna vieja carreta, pues no solamente se oye chirriar las ruedas y crujir las maderas, sino que se escucha también cómo el caballo resbala y choca a cada paso que da sobre el desigual pavimento. Ni el mismo carro de la Muerte, a quien su antiguo camarada tenía tanto miedo, podría hacer mayor ruido.

«¡Ea, mi buen David Holm! —se dijo—. Tú no has sido nunca débil ante la policía; pero si ahora quisiera intervenir para hacer cesar este estrépito, le quedarías muy reconocido».

David Holm se las da de tener ordinariamente buen humor, pero ese chirrido, junto a todo cuanto ha ocurrido esa noche, está a punto de desesperarle. Tiene un vago temor de ser hallado así, paralizado, como muerto; y, ¿quién sabe?, acaso sería recogido, amortajado, quizás, y

enterrado. Oiría cuanto se hablase junto a su cadáver y esto sería algo más desagradable que el chirrido.

Esto le hace pensar en sor Edit, no con remordimientos, sino con un vago despecho, como si en cierto modo hubiese ella triunfado sobre él.

De pronto se detiene y escucha atentamente un largo minuto. ¡Sí! El coche ha descendido por la calle mayor, hasta su final, pero no ha dado la vuelta hacia la plaza. El caballo no patea ya sobre los puntiagudos adoquines; ahora sigue una enarenada calle de árboles. Viene por el lado de la iglesia. Ha entrado en los jardincillos.

El mozo, feliz por el socorro que considera próximo, intenta incorporarse de nuevo. Mas el resultado es siempre el mismo. Sólo el pensamiento se mueve en él.

Como compensación, oye perfectamente que el ruido se aproxima. La caja crujе y alborota, los ejes rechinan. ¿Podrá llegar hasta él la destortalada carreta? Y, sin embargo, avanza con una lentitud extrema que exagera aún la impaciencia del desventurado... ¿Qué carricoche puede ser este que se aventura por el jardín de la iglesia, en plena noche? Preciso es que el cochero que lo guía esté borracho; demasiado borracho, quizás, para poder prestar algún socorro.

El coche debe de estar ya a pocos pasos de él. El terrible chirrido acobarda e impresiona a David Holm.

«Tengo mala suerte esta noche —se dice—. Esto será una nueva desgracia. Este debe de ser algún carromato muy pesado, o una apisonadora que va a aplastarme».

Un instante después David Holm distingue al fin el carroaje tan esperado, y aunque no se trata precisamente de un rulo apisonador, el terror le hace estremecerse.

Como tampoco puede mover los ojos, lo mismo que el resto del cuerpo, no ve exactamente qué está frente a él.

El quejumbroso vehículo que se presenta de lado, aparece poco a poco. Lo primero es la cabeza de un caballo viejísimo, de blanquecinas crines, ciego o tuerto, que vuelve hacia él su apagada pupila; después la delantera de un flaco rocín con los arneses amarrados por medio de pedazos de cuerdas; después toda la enflaquecida acémila; y, por fin, una derrengada

carreta montada sobre mal sujetas ruedas y su pescante destripado. Sobre él está sentado el carretero. Su aspecto es el mismo que David Holm acaba de describir a sus camaradas. En sus manos mueve las dos riendas, que no son más que un rosario de nudos. Se ha bajado el capuchón hasta los ojos; está encorvado, arqueado, presa de una fatiga que no habrá descanso que la mitigue.

Cuando David Holm había perdido el conocimiento como consecuencia de la terrible hemorragia, experimentó la sensación de que su alma le abandonaba, como se apaga una llama, de un soplo. No había sido así, puesto que ahora la apreciaba, agitada, sacudida, aturdida. Todo lo que había precedido a la llegada del vehículo debía de haberle predisposto a cualquier evento sobrenatural; pero no quería encadenar a él sus pensamientos. Y ahora que tenía ante sus ojos cosas propias de un cuento fantástico permanecía estupefacto.

«Esto me volverá loco —se dijo en medio de su desvarío—. Me veo perdido no sólo de cuerpo, sino de razón».

Al decir esto, entrevé el rostro del carretero y se cree salvado. Se detiene el caballo y el carretero se despereza como despertándose de un sueño. Levanta su capuchón con un gesto de cansancio infinito y pasea su mirada en torno, como buscando algo. David ha contemplado sus ojos y ha reconocido en él a un antiguo amigo.

«¡Es Jorge! —exclama mentalmente—. Está ridícularmente ataviado; pero sin duda es él mismo. ¿Dónde demonios habrá estado tanto tiempo? Creo que no lo he visto lo menos en un año. Pero Jorge es un hombre libre que no tiene ni mujer ni hijos. Su aspecto es de venir de muy lejos, quizás del Polo Norte. Está pálido, helado...».

Contempla detenidamente el rostro, en el que cree sorprender una expresión extraña. No obstante, no puede ser otro que su camarada Jorge, su compinche de borracheras. Reconoce su larga nariz, su cabeza puntiaguda. Un hombre cuya cabeza hubiese podido enorgullecer a un sargento, por no decir general, debería estar seguro de ser reconocido de cualquier modo que se vistiese.

«Me habían dicho, sin embargo —continúa David, reanudando su monólogo—, que Jorge había muerto en un hospital de Estocolmo, el año

último, la víspera misma de Año Nuevo. Evidentemente esto era un error, pues está aquí ahora en carne y hueso. No hay más que verle erguirse. Es Jorge en persona, con su menudo cuerpecillo que tan mal se apareja con su cabeza de sargento. Y yo he visto perfectamente, cuando ha saltado del pescante y se ha entreabierto su capa, que lleva aún su viejo paletó desgarrado, que le llega a los talones, y abotonado, como siempre, hasta el cuello. ¡Pobre Jorge! Aún lleva su corbata roja, flotando bajo la barba, sin rastro alguno de chaleco ni de camisa. Exactamente como antes».

David Holm se siente reanimado.

«Si alguna vez recobro mis fuerzas —prosigue—, Jorge me pagará esta comedia. Le ha fallado la idea de meterme miedo con su disfraz. No se le ocurre a nadie más que a él la idea de procurarse una carreta semejante y un tal caballo para venir a buscarme así. Nunca hubiera yo discurrido cosa parecida. Este Jorge ha sido siempre mi maestro en todo».

Mientras tanto, el carretero se ha acercado al hombre tendido en tierra. Se detiene y lo contempla. Su faz es severa e impasible. Seguramente no conoce a este que yace ante sus ojos.

«Hay algo que yo no acabo de comprender en esta historia —continúa David Holm—. Primeramente, ¿cómo se ha enterado él de que mis dos compinches y yo habíamos acampado aquí sobre la hierba? Además, hasta parece venir a asustarme. ¿Por qué se ha puesto los atavíos del carretero de la Muerte, él, precisamente, que le tenía tanto miedo?».

El carretero se inclina sobre David, sin dar señales aún de haberlo reconocido.

—No se pondrá muy contento este desventurado —dice— cuando sepa que va a relevarme en mis funciones.

Apoyándose en su guadaña, aproxima aún más su rostro al del hombre caído en tierra y, en el acto, lo reconoce. Entonces se inclina hacia él, rechaza con un gesto de impaciencia su capuchón y mira al viejo camarada al fondo de los ojos.

—¡Oh! —exclama con terror—. ¡Es David Holm! ¡Y yo había hecho un solo voto: que me fuera evitado este trance...! ¡David! ¡David! ¿Es posible que seas tú? —dice, arrojando al suelo la guadaña y arrodillándose junto al hombre...— Durante todo este año —prosigue con acento de dolor y de

ternura he deseado tener ocasión de decirte una palabra, una sola palabra, antes de que fuera demasiado tarde—. Una vez he estado ya a punto de lograrlo; pero tú no te has prestado a ello; y no he podido llegar hasta ti. Había esperado tener más éxito dentro de una hora, cuando hubiera terminado mi servicio y fuera yo libre. ¡Mas hete aquí ya, David! Ya no es tiempo de ponerte sobre aviso...

David Holm escucha con profundo estupor.

«¿Qué significa esto? —se pregunta—, Jorge habla como si estuviese muerto. ¿Cuándo ha estado cerca de mí sin poder hablarme? Acaso, y esto es lo más cierto, está actuando de acuerdo con su disfraz».

—Yo sé, David —insiste el carretero con voz temblorosa de emoción—, que es a mí a quien debes el hallarte como te hallas. Si tú no me hubieses encontrado en tu camino, habrías llevado una vida tranquila y honrada; hubieran gozado de bienestar tanto tú como tu mujer, pues ambos eran, buenos trabajadores. Puedes estar bien seguro, David, de que no ha transcurrido un solo día durante este año interminable en el que no me haya confesado con angustia que fui yo quien te hizo abandonar tu vida de trabajo y adquirir mis malas costumbres. ¡Ay! —suspiró pasando la mano sobre el rostro de su amigo—. Tengo miedo de que te hayas descarriado aún más de lo que yo estaba. Si así no fuera, no vería en torno a tus ojos y a tu boca estos rasgos terribles tan profundamente grabados.

El buen humor de David comienza a trocarse en impaciencia.

«¡Basta de ridiculeces, Jorge! —piensa, sin proferir aún una palabra—. Ve a buscar a alguien que te ayude a colocarme en tu carreta; y enseguida, al hospital».

—Sin duda has comprendido, David, cuál ha sido mi oficio este año —continúa el carretero—. No necesito decirte quién va a empuñar detrás de mí la hoz y las riendas. Pero no he podido evitar encontrarte esta noche, avisándote a tiempo, antes de comenzar a transcurrir estos espantosos doce meses que te esperan. Ten la seguridad de que habría hecho todo cuanto me fuera posible hacer para evitarte lo que yo he debido sufrir, si esto me hubiese sido permitido.

«Puede ser que Jorge se haya vuelto loco —se dijo David Holm—. De otra suerte comprendería que va en ello mi vida y que un retraso es mortal».

Por el momento en que esta idea invade su cerebro, el carretero lo mira con melancolía infinita:

—Es inútil pensar en el hospital, David. Cuando yo me acerco a un enfermo, no es tiempo ya de llamar a otro médico.

«Creo yo que todos los hechiceros y todos los diablos se han echado a la calle esta noche para celebrar su aquelarre —piensa David Holm—. Cuando se presenta, por fin, un hombre que podría prestarme socorro, es este un loco o un malvado que me deja morir».

—Quisiera recordarte algo que te ocurrió el verano pasado, David —continúa el carretero—. Era una tarde de domingo, y tú marchabas a buen paso, en larga caminata, a través de un extenso valle. Por todas partes había campos de trigo y hermosas granjas con jardincillos llenos de flores. Era una de esas tardes bochornosas de las que abundan en pleno estío; y creo que tú pensabas que eras la única persona que se movía en todo el contorno. Las mismas vacas permanecían inmóviles en los prados, sin atreverse a abandonar la sombra de los árboles. No se veía alma viviente. Las gentes se habían retirado a sus casas, sin duda alguna, a fin de evitar el calor. ¿No es todo esto verdad, David?

«Es posible —asintió David para sus adentros—. Yo me paseaba tantas veces, en medio del calor y del frío, que no puedo acordarme de todas mis caminatas».

—En el momento en que el silencio era más profundo, oíste, David, un chirrido a tu espalda, en la carretera. Volviste la cabeza, creyendo que era una carreta; pero no viste nada. Miraste varias veces, y confesaste que era la cosa más extraordinaria que jamás te había ocurrido. Oías ruedas que rechinaban, y lo oías claramente; pero ¿de dónde provenía aquel ruido? Era pleno día y el silencio era tan completo, que nada podía disimular el ruido. Tú no comprendías cómo era posible que escuchases un chirrido de ejes sin ver coche alguno. Pero es que tú no quisiste admitir que hubiese en aquello algo sobrenatural. Si hubieses reparado en ello, habría podido hacerme visible a ti, antes de que fuese demasiado tarde.

David Holm se acordó súbitamente de aquella tarde. Sí, había mirado con detención por encima de los cercados y por las zanjas, y había buscado por todas partes el origen de aquel ruido. De buen o mal grado, y a pesar de

su turbación, penetró en una granja para no escucharlo más. Cuando salió de ella, el ruido había cesado.

—Fue la única vez que te vi este año —prosiguió el carretero—, y esta noche he hecho cuanto me ha sido posible para advertirte mi presencia; pero sólo he podido hacerte oír el ruido de mi carricoche. Al lado mío, andabas como un ciego.

«Verdad es lo que cuenta; por lo menos, es verdad que he oído el chirrido —pensó David Holm—, pero ¿qué puede probar esto? ¿Cómo pretende hacerme creer que estaba detrás de mí en la carretera...? Acaso yo mismo he contado esta historia a alguien, que, a su vez, la ha referido a Jorge».

El carretero, en este momento, se inclina hacia él y le dice con ese acento especial que se emplea cuando se quiere hacer entrar en razón a un niño enfermo:

—No te servirá de nada defenderte. No es tampoco posible exigir de ti que comprendas lo que te ha ocurrido esta noche; pero bien sabes que yo, que te hablo, no soy un ser viviente. Tú has sabido mi muerte y no quieres creer en ella. Y aunque tú no la hubieras conocido, me has visto llegar en este coche, en el que no viaja ningún vivo —e indica con el dedo el miserable vehículo detenido en medio de la calle—. ¡No mires solamente el carro, David; mira también los árboles que están detrás de él!

David Holm obedeció, y por primera vez se vio obligado a reconocer que se hallaba en presencia de algo inexplicable. A través del carro, como a través de un velo, se divisaban los árboles.

—Me has oído, David, muchas veces en otros tiempos —dijo el carretero—. No es posible que no observes que hoy te hablo con voz muy distinta a la de entonces.

David se ve obligado a reconocer que Jorge tiene razón. Su voz era hermosa, y aunque lo sea también la del carretero, tiene un timbre completamente distinto. Es, a la vez, tenue y clara y, por lo tanto, fácil de comprender.

El carretero extiende la mano, y David ve que una rama, por encima de su cabeza, atraviesa esta mano y cae a estrellarse en el suelo.

En la enarenada avenida hay una rama. El carretero pasa su guadaña por debajo de ella y la siega sin que la rama se mueva.

—No se trata de embromarte, David —dice el carretero—. Tú eres quien debe tratar de comprender. Tú me ves y me reconoces; pero el cuerpo que tú contemplas ahora, sólo es visible a los agonizantes y a los muertos. No creas, por lo tanto, que este cuerpo no existe. Como el tuyo y como el de los demás mortales, sirve de morada a un alma; pero carece ya de peso y, de solidez. Viene a ser como la imagen que mil veces has visto en un espejo, y que se hubiese salido de la luna; que pudiese hablar, ver, moverse.

El pensamiento de David Holm no se rebela contra la evidencia. Mira la realidad cara a cara, y no trata ya de resistirse. Es con el fantasma de un muerto con quien habla, y él mismo es un cadáver. Pero, a medida que lo reconoce, una violenta cólera se va apoderando de él.

«No quiero ser un muerto —se dice—; no quiero ser sólo una imagen; nada. Quiero poseer aún puños para defenderme y boca para hablar».

Crecía la rabia en él y se reconcentraba como una tempestad obscura y negra que espera sólo una ocasión para descargarse.

—Un ruego tengo que hacerte —prosigue el carretero—. Antes éramos buenos amigos. Tú sabes que llega un momento para todos en que, gastado ya el cuerpo, el alma que lo habita está obligada a abandonarlo. El alma duda y tiembla de angustia antes de penetrar en un mundo para ella desconocido. Semejante a un niño que de pie en una playa no se atreve a confiarse a las olas. Para que ella se decida a franquear el último paso, es preciso que oiga la llamada de alguien que more ya en el más allá. Yo he sido para ti esta voz, David, durante todo este año; y ahora te toca serlo a ti durante el que viene. Lo que quisiera pedirte es que no te opongas a lo que te espera, sino que te sometas a ello de buen grado. De otro modo no lograrás otra cosa que atraer grandes sufrimientos sobre ambos.

El carretero inclina la cabeza para mirar los ojos de David Holm, pero se yergue enseguida, alarmado por su mirada de desafío y de cólera.

—De veras te digo, David —continuó con insistente acento—, que no es esta una cosa a la cual puedas sustraerte. Yo no conozco aún, con exactitud, la vida de esta parte de la tumba, pues continúo aún en la

frontera; pero yo sé que no hay en ella perdón. Es preciso ejecutar, aquello a lo que se ha sido condenado a ejecutar. De grado o por fuerza.

Otra vez busca los ojos de David y de nuevo halla en ellos solamente las sombras de la cólera.

—Convengo, amigo —añade—, que no hay cargo más espantoso que el de conducir este carro casa por casa. Doquier se presenta el carretero, lágrimas y gemidos le esperan; por todas partes halla males y destrucción, sangre, heridas, horrores. Y algo peor aún que esto es ver cómo el alma se debate arrepentida y angustiada ante la visión de lo que va a venir. El carretero se detiene en las fronteras del más allá. Entre los hombres no se ve otra cosa que injusticias y decepciones; un reparto desigual de trabajo inútil y de desorden. Sus miradas no penetran en el más allá lo suficiente para descubrir el sentido de la vida terrestre. A veces entrevé algo; pero lo más frecuente es que luche en las tinieblas y en la duda.

»Y ten presente, David, que el año durante el cual el carretero está condenado a guiar el carro de la Muerte, no se mide en horas y en minutos terrestres para darle tiempo para recorrer todos los lugares que necesita visitar; este año singular se forma con centenares y miles de años. Y lo más terrible, lo más terrible aún de todo, es que el carretero encuentra también durante toda su carrera las consecuencias del mal que ha realizado en toda su vida. ¿Y cómo podrá evitarlo?

La voz del carretero se convirtió casi en un grito, sus manos se enlazaron desesperadamente. Pero de pronto sintió como una corriente de desafío, de frío menospicio y de burla que provenía de su antiguo camarada, que le obligó a envolverse en su capa, tiritando.

—¡David! —imploró—, en tu propio interés y en el mío te suplico que no opongas resistencia. He venido a enseñarte mi oficio antes de dejarlo. En tus manos está poder retrasarme semanas, meses, sí, hasta la próxima noche de San Silvestre, pues yo no recuperaré mi libertad hasta que tú puedas substituirme, aprendiendo tu oficio, de buen grado.

Mientras hablaba se arrodilló el carretero al lado de David Holm, y la inmensa ternura piadosa de que sus palabras estaban impregnadas redobló su energía. Permaneció aún un momento en la misma postura, espiando el

efecto de ellas. Pero en el antiguo compinche sólo se manifestó una feroz resolución de resistir hasta el límite extremo de sus fuerzas.

«Bueno —se dijo—, estoy muerto. Sea así. Contra esto ya no hay nada que hacer; pero jamás se me hará aceptar obligación alguna relacionada con el carro y con el caballo de la Muerte. Ya pueden buscarme otro castigo».

En el momento mismo de levantarse, el carretero gritó enfurecido:

—Acuérdate, David, de que hasta aquí ha sido tu viejo camarada Jorge quien te ha hablado; tu viejo amigo. Ahora tendrás que entenderte con otro. Ya sabes a quién se alude al hablar de aquel que no tiene piedad.

Un instante después se le vio, ya de pie, con la guadaña en la mano y levantado el capuchón.

—¡Prisionero! —gritó con voz sonora—. ¡Sal de tu prisión!

De inmediato David Holm se levantó. No se sabe cómo fue aquello. Repentinamente se irguió. Vaciló. Todo rodaba en torno suyo, pero en un instante, recobró el equilibrio.

—¡Mira detrás de ti, David Holm! —ordenó la misma voz enérgica.

David obedeció. Tendido en tierra yace un hombre vigoroso, de alta estatura, vestido de sucios andrajos. Está salpicado de sangre y de barro, y rodeado de botellas vacías. Tiene el rostro rojo e hinchado, del que apenas se adivinan los rasgos primitivos. Un rayo de luz de los faroles refleja en él un destello de ira y de maldad en la estrecha abertura de los párpados.

Ante este cuerpo yacente, David, hombre como él de alta estatura, se mantiene en pie. Los mismos harapos sucios y repugnantes que viste el cadáver lo envuelven. Es su doble, seguramente. No su doble; porque él no es nada. No es más que una imagen del otro, en un espejo; imagen que se ha salido del cristal, que se mueve y que vive.

Se vuelve bruscamente. Allí está Jorge, y ya ve que Jorge mismo no es otra cosa que la imagen del cuerpo que había poseído antes.

—Ahora que perdiste el dominio de tu cuerpo al dar las doce de la noche la víspera de Año Nuevo exclamó Jorge, tú me relevarás de mis funciones. Durante el año que comienza, tú libertarás las almas de su terrenal envoltura.

Ante estas palabras David Holm se rehízo. Loco de cólera se lanzó sobre el carretero, tratando de asirle la guadaña para quebrarla, su capa para

desgarrársela.

Entonces se siente apresado por las manos, mientras sus piernas le flaquean. Algo invisible se arrolla en torno a sus muñecas, ligándolas tan sólidamente como sus pies.

Después se siente suspendido, arrojado rudamente, como un cuerpo muerto, al fondo del carro y, sin embargo, continúa donde estaba tendido.

En el instante mismo el carricoche comienza a bambolearse.

IV

Es una habitación estrecha y larga, bastante espaciosa, de una casita situada en un arrabal, que no contiene más que esta pieza y otra, no tan grande, destinada a dormitorio. Está alumbrada por una lámpara colgante, y acariciada por esta luz parece alegre y hospitalaria. Sus inquilinos se han esmerado amueblándola de modo que parezca un verdadero hogar. La puerta de entrada se halla en una de las fachadas de la casa, y al lado mismo hay un hornillo: es la cocina, en la que se han reunido todos los utensilios necesarios. El centro de la sala está convertido en comedor, con una mesa redonda, dos o tres sillas de encina, un gran reloj y un aparadorcito para la vajilla. Encima de la mesa oscila la lámpara, suficiente para alumbrar el salón; es decir, el fondo de la pieza, su sofá de caoba, su velador, su alfombrilla floreada, una palmera en un lindo jarrón de cerámica y numerosas fotografías. Esta distribución ha debido de divertir mucho a sus moradores. Pero las gentes que en la sala penetraban la noche de San Silvestre, un instante después de haber comenzado el año, no abrigaban ideas risueñas ni frívolas. Eran dos hombres desarrapados y míseros; se les hubiera tomado por dos vagabundos, si uno de ellos no llevase sobre sus andrajos una amplia capa negra de capucha y no mostrase una guadaña en la mano. Cosas raras, ambas, para un trotamundos, y más rara aún la forma de penetrar en la casa, sin hacer girar el pomo de la cerradura ni haber abierto la puerta. El segundo no está provisto de emblemas espantosos, pero entra, también, a pesar suyo, arrastrado por su compañero, y aun parece más siniestro que él. Aunque tenga los pies y las manos ligadas, bien porque sea arrojado en tierra como un montón de harapos, del modo más desdenoso

imaginable, infunde pavor por el furor salvaje que flamea en sus ojos y contrae su faz.

Los dos hombres no han hallado vacía la sala a su entrada. Junto a la mesa están sentados un joven de rasgos delicados y de mirada infantil y dulce, y una mujer, un poco mayor, menudita y frágil. Tal hombre ostenta, cruzando su pecho, una banda roja con la divisa «Ejército de Salvación».

La mujer viste de negro, sin insignia alguna, pero junto a ella, sobre la mesa, yace un sombrero del tipo adoptado por las salutistas.

Ambos están profundamente tristes. La mujer llora en silencio y enjuga frecuentemente sus ojos con un arrugado pañuelo. Muestra un semblante adusto, como si las lágrimas le impidieran cumplir un deber. Los ojos del hombre están también enrojecidos por la emoción, pero no da rienda suelta a su pena, teniendo en cuenta que no está solo.

De vez en vez cambian entre sí algunas palabras, de las que se deduce que ambos tienen puesta su atención en la pieza inmediata, en la que han dejado una agonizante acompañada por su madre. Pero por absortos que se hallen en su conversación, es raro que no presten atención, ni uno ni otro, a los dos vagabundos que acaban de entrar.

Verdad es que estos permanecen mudos; uno de ellos de pie, apoyado en el quicio de la puerta; el otro, tendido en tierra, a sus pies.

—Pero ¿cómo se explica que los otros no hayan tenido miedo de estos huéspedes, viéndolos entrar, en plena noche, a través de las puertas cerradas?

Esta misma pregunta se hace el hombre tendido en tierra, tanto más sorprendido cuanto que él los ve dirigir sus miradas hacia donde él yace.

Jamás ha puesto él sus pies en esta habitación, pero reconoce a las dos personas que están junto a la mesa; comprende dónde está. Si algo pudiese aún excitar su furor, sería esto de verse transportado contra su voluntad a un lugar al que se había negado acudir el día antes.

El salutista retiró de pronto su silla:

—Es medianoche ya —dijo—. La mujer de David Holm creía que él regresaría hacia esta hora. Voy a intentar una postrera tentativa.

Se levantó lentamente, como por fuerza, y tomó su sobretodo, doblado en el respaldo de la silla.

—Ya se ve bien, Gustavsson, que usted no comprende la utilidad de traerlo aquí —dijo la mujer, luchando por contener las lágrimas que la ahogaban—, pero tenga en cuenta que es este el último favor que hace a sor Edit.

El salutista se detuvo en el momento de ponerse su abrigo.

—Sor María —dijo—; aunque fuese como usted dice, el último favor que pueda yo prestarle, deseo que David no haya llegado, o que se niegue a seguirme. Varias veces lo he buscado hoy, como usted y la capitana me lo han ordenado, pero me he alegrado siempre de que ni yo ni nadie haya logrado traerlo aquí.

El hombre echado en tierra se estremeció al oír pronunciar su nombre y un rictus de maldad torció su boca.

—Aquí, por lo menos, hay una pizca de sentido común —murmuró.

La mujer miró al soldado del Ejército de Salvación, y dijo con cierta aspereza y con voz que no empañaban ya los sollozos:

—Es conveniente que esta vez exponga su deseo a David Holm de modo tal, que le haga comprender que es preciso que venga.

Con gesto de hombre que obedece sin convicción, el salutista se aproxima a la puerta, llega a ella y vuelve bruscamente:

—¿Es necesario —pregunta— traerlo aunque esté borracho como un tonel?

—Tráigalo muerto o vivo, Gustavsson. En último caso se le dejará dormir aquí su borrachera. Lo importante es hallarlo.

El salutista tiene ya la mano sobre la cerradura, cuando, repentinamente, da media vuelta y se acerca a la mesa:

—Yo no puedo tolerar que David Holm venga aquí —exclama, y su rostro palidece de emoción—. Usted sabe, tan bien como yo, sor María, qué clase de hombre es este. ¿Cree que esté ahí su puesto, sor María? —e indicó la otra habitación.

—Sí, creo que... —murmura la hermanita, pero el salutista no le deja terminar la frase.

—¿No sabe, sor María, que no hará otra cosa que burlarse de nosotros? Ese fanfarrón dirá luego que una de las salutistas lo amaba tanto, que no ha podido morir sin verlo.

Sor María levanta la cabeza y mueve los labios como para contestarle vivamente; pero los cierra de nuevo y reflexiona.

—Yo no puedo soportar que él hable de ella; sobre todo, cuando está muerta —prosiguió con vehemencia el joven.

Después de un momento de silencio, la respuesta de sor María se hace oír severa, y enérgica:

—¿Estás bien seguro, Gustavsson, de que David Holm no tenga derecho para hablar así?

El hombre amarrado junto a la puerta se estremece con un rápido movimiento de alegría. Él mismo se sorprende con lo oido, y lanza una furtiva mirada sobre Jorge para ver si ha notado algo. El carretero permanece inmóvil e impasible.

El salutista se halla tan aturdido por la respuesta de sor María, que, vacilando, se apoya en una silla. Las cuatro paredes de la habitación giran ante sus ojos.

—¿Por qué me dice una cosa semejante, sor María? —dice balbuciente
—. Supongo que no pretenderá que yo crea.

Sor María está presa de una agitación extrema. Cierra su puño estrujando su pañuelo, mientras las palabras se agolpan en sus labios. Habla, como deseosa de decirlo todo, antes de que la reflexión venga a impedirlo.

—¿A quién amaría ella con mayor fuerza? Nosotros, Gustavsson, y todos los que la conocen nos hemos dejado convertir y ganar por ella. Ninguno de nosotros le ha opuesto resistencia extremada. No la hemos puesto en ridículo ni nos hemos mofado de ella. Sor Edit no tiene remordimientos por nuestra causa. Ni usted ni yo, Gustavsson, somos causantes de que se vea en el estado en que se ve.

El salutista pareció tranquilizarse con este discurso.

—No había comprendido yo que hablaba del amor a los pecadores, sor María.

—Es que no hablo de él, Gustavsson.

Ante estas palabras tan claras, la misma sensación de alegría invade a David Holm. Y, por otra parte, se apresura y se esfuerza por reprimirla,

vagamente consciente de que su firme resolución de resistirse al carretero de la Muerte corre peligro de zozobrar.

Sor María ha callado un momento, mordiéndose los labios para dominar su emoción. De pronto, parece haber adoptado una resolución definitiva.

—Puedo contarle cuanto sé, Gustavsson —dice—. Nada importa ya, ahora que va a morir. Siéntese un momento y le explicaré lo que pienso.

El joven se despoja de su abrigo nuevamente y torna a ocupar su sitio junto a la mesa. Sin pronunciar una palabra, absorto, fija en sor María sus hermosos y sinceros ojos.

—Comenzaré —dice la hermanita— por referirle nuestra última noche de San Silvestre: la de Edit y mía. En el otoño anterior había decidido el cuartel general establecer aquí, en nuestra ciudad, un puesto. Edit y yo habíamos trabajado intensamente para instalar el asilo, auxiliadas, además, por otros miembros. La víspera de Año Nuevo estábamos ya bastante adelantadas para poder mudarnos a él. La cocina y los dormitorios estaban listos y habíamos esperado que al día siguiente, el día del Año Nuevo, podríamos inaugurarlo; pero no era posible, pues no estaban terminados aún ni el lavadero ni la estufa de desinfección.

Sor María al principio tuvo que esforzarse para contener sus lágrimas; pero, a medida que la relación avanzaba, fue serenándose su voz.

—Usted, Gustavsson, no formaba aún parte del Ejército de Salvación por aquel entonces; de otro modo, habría tomado parte en aquella alegre noche de San Silvestre. Varios camaradas vinieron a vernos, y les ofrecimos un té, por vez primera, en nuestro nuevo hogar. ¡Si supiese, Gustavsson, cuán feliz se sentía sor Edit por haber logrado instalar este puesto en la ciudad en que ella había nacido y a cuyos pobres conocía uno por uno...! No cesaba de revisar nuestros colchones y nuestras mantas, nuestras colchas nuevas y flamantes, nuestras paredes pulidas y la batería de cocina, de cobre, que estaba ya colgada y brillante. No podíamos por menos de reírnos viéndola. Estaba entusiasmada como una criatura. Y bien sabe, Gustavsson, que cuando sor Edit es dichosa, lo son también todos cuantos la rodean.

—¡Aleluya! —responde el salutista—. Ya lo sé.

—Su alegría duró mientras los camaradas estaban allá —continúa sor María—; pero en cuanto se fueron, la asaltaron una opresión y una fuerte

congoja, y me suplicó que rogase con ella, para que el mal, que por todas partes se agita, no fuese más fuerte que nosotros. Nos arrodillamos, y pedimos por nuestro asilo y por nosotras mismas, y por todos aquellos a quienes íbamos a socorrer. Estando de rodillas aún, comienza a tocar la campanilla de la puerta. Los camaradas acababan de marcharse; y pensamos que, acaso, cualquiera de ellos habría olvidado alguna cosa. Las dos bajamos a abrir. No encontramos en la puerta a ningún camarada, sino a un hombre; uno de esos hombres para quienes había sido creado el asilo de noche. Le juro, Gustavsson, que el hombre que se nos apareció en el umbral de la puerta, alto, andrajoso y borracho hasta el punto de vacilar, me pareció tan espantoso, que hubiese querido rehusarle la entrada, toda vez que el asilo no se había inaugurado aún. Pero sor Edit se alegró de que Dios le hubiese enviado un huésped. Estaba convencida de que Dios quería demostrarnos de este modo que aceptaba nuestro trabajo, e hizo entrar al hombre.

Le ofreció cena, pero él respondió con un juramento: no quería más que dormir. Se le condujo a un dormitorio; se arrojó sobre su camastro después de haberse desembarazado de su capote y se durmió inmediatamente.

—¡Anda, anda! ¡Tenía miedo de mí! —dijo David Holm; esperaba que el ser impasible que se alzaba a su espalda, comprendiera que él era siempre el mismo David Holm de antes—. Lástima es que no pueda verme en el estado en que me hallo ahora. Se desvanecería de terror.

—Sor Edit había pensado siempre hacer un pequeño obsequio al primer huésped que viniese a nuestro asilo —continuó la salutista—, y noté que se sintió decepcionada cuando vio que el hombre se durmió tan bruscamente.

»Pero se consoló pronto al ver su capote tirado por tierra. Puede creer, Gustavsson, que no he visto jamás nada tan desgarrado, tan desagradable, tan nauseabundo. Hedía a alcohol y a suciedad. Repugnaba tocarlo. Al ver a sor Edit recogerlo y examinarlo, sentí miedo y le rogué que lo dejase, pues no teníamos aún ni desmanchador ni estufa de desinfección. Pero ya comprende, Gustavsson, que aquel hombre era para sor Edit el huésped enviado por Dios; y era para ella un trabajo tan dulce poner en buen estado aquel capote, que no pude disuadirla de ello. De ningún modo me permitió que la ayudase. Como yo misma le había dicho que aquello podría ser

peligroso, no me consintió ni tocarlo siquiera. Y se puso a coser, a trabajar en aquel capote, durante toda la noche de San Silvestre.

El salutista, sentado al otro lado de la mesa, alzó los brazos en éxtasis y exclamó juntando las manos:

—¡Aleluya! ¡Sea Dios alabado y bendecido por habernos dado a sor Edit!

—¡Amén! ¡Amén! —dijo sor María, y su rostro se iluminó—. ¡Gracias le sean dadas a Dios, en efecto, y alabado sea, por habernos dado a sor Edit! Esto es lo que debemos repetir, tanto en la adversidad como en la ventura, en la pena como en la alegría: ¡Dios sea lodado por habernos dado en sor Edit alguien capaz de resistir toda una noche inclinada sobre aquellos andrajos asqueantes, tan feliz como si tuviese entre las manos un manto regio!

El hombre que fue en vida David Holm experimentó una sensación extraña de paz y de reposo, figurándose ver a la joven, sola, de noche, trabajando para remendar el capote del miserable vagabundo. Después de todas sus emociones y de su cólera, esta idea obró en él como un bálsamo. Si no fuese porque Jorge estaba en pie allí, sombrío, inmóvil, espiando todos sus movimientos, le hubiera gustado detener su pensamiento en la contemplación de esta imagen.

—Dios sea aún alabado —continuó sor María— por no haber sentido jamás sor Edit haber velado aquella noche para recoser botones y remendar agujeros hasta las cuatro de la mañana, sin cuidarse del hedor y del contagio que estaba respirando. Sí; Dios sea alabado por no haber sentido nunca pesar sor Edit, por haber permanecido en aquella enorme habitación, mal calefaccionada, en la que el áspero frío de la noche invernal penetraba y la invadía.

—¡Amén! ¡Amén! —contestó el joven a su vez.

—Cuando sor Edit terminó, estaba transida. Yo la veía volverse y revolverse en la cama sin poder reaccionar. Apenas había conciliado el sueño, era ya hora de levantarse; pero logré persuadirla de que continuase acostada y me dejase ocuparme de nuestro huésped, si se hubiese despertado ya.

—Siempre ha sido usted una buena amiga —dijo el salutista.

—Ya sabía yo que esto era un sacrificio para ella —prosiguió sor María, sonriendo—; lo hizo por mí; pero no pudo permanecer tranquila mucho tiempo, pues el hombre, al tomar su café, me preguntó si había sido yo quien le había recosido su abrigo. Ante mi respuesta negativa, me rogó que fuese a buscar a la hermana que había trabajado para él. Estaba tranquilo; su embriaguez se había disipado y hablaba en términos más escogidos de los que por lo general emplean gentes de su especie. Como yo sabía que le produciría un placer a sor Edit recibir el agradecimiento del hombre y hablar con él, fui a buscarla. Cuando se presentó, no tenía por cierto el aspecto de una persona que ha velado toda la noche. Florecían dos rosas en sus mejillas y estaba tan hermosa en su alegre espera, que el hombre, al verla, pareció quedarse, al instante, pasmado de estupor. Él la esperaba cerca de la puerta, siniestro el rostro; pero su expresión se dulcificó. No me sorprendió esto. ¿Quién habría podido desearle algún mal?

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —asintió el salutista.

—Pero su frente se ensombreció de nuevo; y cuando ella se aproximó a él, abrió su capote con un movimiento brusco que hizo saltar los botones recosidos. Después hundió violentamente sus manos en los bolsillos remendados que se desgarraron; y, por fin, se puso a arrancar la vuelta, que pronto pendió en jirones, peor aún que antes.

»—Vea, señorita —dijo—: Yo tengo costumbre de vestirme de este modo. Me parece que es más cómodo y más práctico. Siento mucho que se haya molestado tanto y tan inútilmente; pero no lo puedo evitar.

David Holm ve un rostro centelleante que poco a poco se apaga, y durante un momento reconoce que aquella granujada había sido cruel e ingrata; pero la presencia de Jorge refrena este buen impulso.

«Bueno es —se dice— que sepa Jorge qué clase de hombre soy yo, si ya no lo sabe. David Holm no se entrega al primer golpe. Es duro y malo, y goza haciendo rabiar a las gentes sensibles».

—Hasta entonces no había yo mirado al hombre —prosigue sor María —. Pero como se divertía destruyendo cuanto sor Edit había trabajado con tan tierna solicitud, fijé mi vista en él. Vi que era un hombre alto, bien formado, que hacía admirar en él la obra del Creador. Mostraba también

bellos modales y hablaba con facilidad. Su rostro, entonces rojizo y sucio, debía haber sido hermoso.

»A pesar de su risa perversa y de la maligna mirada que nos dirigían sus ojos castaños a través de sus párpados enrojecidos, yo creo que sor Edit pensaba habérselas con alguien que, nacido para la grandeza, estaba a punto de perderse. Vi bien que al principio retrocedió como si la hubiesen abofeteado; pero una lucecita se encendió en el fondo de sus ojos, y dio un paso hacia el hombre. Le dirigió solamente unas palabras. Antes de que se fuese, quería, deseaba rogarle que volviese a aquella misma casa la siguiente noche de San Silvestre.

»Y como él la mirase sorprendido, añadió:

»—He suplicado a Dios esta noche que conceda un buen año al primer huésped de nuestro asilo; y quisiera volver a verlo para saber si he sido escuchada.

»Comprendiendo, por fin, lo que se le decía, el hombre profirió un juramento:

»—Se lo prometo —dijo—. Volveré a demostrarles que Dios no se para a escuchar las gazmoñerías de ustedes.

David Holm, que repentinamente se acuerda de esta olvidada promesa, aunque cumplida, a pesar suyo, siente en la mano como un rozamiento con alguien más fuerte que él.

«La resistencia frente a frente con el carretero, ¿será una palabra vana?», se pregunta, pero de inmediato reprime esta idea. Él no quiere someterse y no se someterá. Luchará hasta el Día del Juicio si es menester.

El salutista, durante el relato de sor María, va agitándose más y más. No puede ya permanecer tranquilo y, levantándose, exclama:

—No me ha dicho el nombre de aquel hombre, sor María; pero comprendo que era David Holm.

La hermanita asintió inclinando la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró extendiendo las manos como para repeler algo—. ¿Cómo puede querer que lo traiga aquí? ¿Ha podido observar en él la menor mejoría? ¿Desea, pues, que vea sor Edit que ha rogado a Dios en vano? ¿A qué ocasionarle una pena tan grande?

La salutista le mira con una impaciencia rayana en la cólera.

—Aún no he terminado —dice.

Pero el joven la interrumpe:

—Es preciso precavernos contra las redes que el deseo de venganza, aun inadvertido, puede tender en torno a nosotros. En mí está el hombre natural cargado de pecados que quisiera traer esta noche aquí a David Holm, para confundirlo mostrándole la que muere por su culpa.

»Yo creo, sor María, que trata de impresionar a David Holm. Le dirá que fueron sus remendadas ropas, rasgadas por él en su ingratitud, las que contagian su enfermedad a sor Edit. Varias veces le he oído repetir que la pobrecita no volvió a disfrutar de buena salud ni un solo día desde el San Silvestre pasado. Pero hay que tener cuidado, sor María. Nosotros, que al lado de sor Edit hemos triunfado y que la tenemos aún ante nuestros ojos, debemos negarnos a obedecer la dureza de nuestros corazones.

Sor María se inclina hacia adelante y habla sin levantar la cabeza, como si se dirigiese a los dibujos de la mesa.

—¿La venganza? —dice—. ¿Es venganza hacer comprender a alguien que ha poseído el más rico tesoro y que lo ha perdido? Si yo introduzco en el fuego el hierro oxidado para volverlo brillante y pulido de nuevo, ¿es esto venganza?

—¡Lo dudo, sor María! —exclama el joven—. Ha esperado convertir a David Holm, echando sobre sus hombros el fardo de los remordimientos. Pero ¿está bien segura, sor María, de que, a pesar de todo, no sea esto nuestro propio deseo de venganza, alimentado por nosotros? En esto hay una red sutil, sor María. Se engaña uno fácilmente.

La hermanita, pálida, mira al salutista con ojos en los que brillan el entusiasmo y la abnegación.

«Esta noche —dice claramente su mirada— no busco mi interés personal».

—Existen, en efecto —contesta, marcando mucho las palabras—, redes de todas clases.

El joven enrojece intensamente. Trata de responder; pero no puede articular una sola sílaba. De repente se arroja sobre la mesa, ocultando el rostro entre las manos, y estalla en sollozos.

Sor María le deja llorar, sin decir nada, pero sus labios murmuran una oración:

—¡Señor Dios, nuestro dulce Jesús: ayudadme a pasar esta noche terrible! ¡Dadme la fuerza necesaria para sostener y consolar a todos mis amigos! ¡A mí, que soy la más débil y la menos experta!

El cautivo, junto a la puerta, no piensa ya en la acusación de haber contagiado a la pobrecita sor Edit; pero cuando el salutista se echa a llorar, tiembla violentamente. Ha hecho un descubrimiento que le impresiona, y apenas puede ocultar su emoción al carretero. Le agrada que aquella a quien este guapo mozo ha amado, le haya preferido a él: a David Holm.

Cuando los sollozos del joven comienzan, por fin, a apaciguararse, sor María le dice con voz tierna y compasiva:

—Ya comprendo que está usted pensando en lo que acabo de decirle de sor Edit y de David Holm.

Un «sí» ahogado se escapa del hundido pecho del salutista y un estremecimiento de dolor recorre toda su persona.

—Esta idea le produce un gran sufrimiento, ya lo comprendo —dice la hermanita—. Conozco a otro a quien ama también sor Edit de todo corazón; y cuando se percató de ello, no pudo creerlo en un comienzo. Creía yo que si ella amase a alguien sería este un hombre que la superaría. Nosotros podemos dar nuestra vida por los pobres y por los desventurados; pero nuestro amor lo reservamos para otros. Cuando yo le digo ahora que sor Edit no es como nosotros, usted ve en ella algo que la empequeñece, y esto le produce dolor.

El joven no se mueve. Continúa aún con el rostro inclinado sobre la mesa. El invisible cautivo que está cerca de la puerta ha intentado un movimiento como para aproximarse, con objeto de escuchar mejor; pero el carretero le ordena ásperamente que permanezca quieto.

—¡Aleluya! —exclama la joven salutista con exaltación—. ¿Quiénes somos nosotros para juzgarla? Cuando un corazón está hinchido de orgullo, bien sabe, Gustavsson, que entrega su amor a los grandes y a los poderosos de este mundo; pero cuando no encierra más que humildad y caridad, ¿a quién dará su ardiente amor sino a aquel que es más digno de lástima, al más decaído, al más endurecido, al más extraviado?

El joven levanta la cabeza y mira a la hermana con cierta insistencia.

—Hay otra cosa aún, sor María —dice lentamente.

—Sí, Gustavsson, ya comprendo lo que quiere decir; pero es menester recordar que al principio sor Edit ignoraba que David Holm estuviese casado. Por otra parte —añadió después de algunos instantes de vacilación —, yo creo, a lo menos me resisto a figurarme las cosas de otro modo, yo creo, que todo su amor tenía a convertirlo. El día en que ella le hubiese oído confesar sus pecados públicamente se habría sentido feliz.

El joven ha tomado la mano de la hermana y sus ojos absorben sus palabras. Un suspiro de alivio se escapa de su pecho.

—Es que no era verdadero amor —replica.

Sor María levanta ligeramente los hombros y suspira:

—Respecto a eso, yo no he recibido jamás confidencias de sor Edit. Acaso esté yo equivocada.

—Si sor Edit no le ha dicho nada respecto a este particular, yo creo, en efecto, que está en un error —dice el joven gravemente.

El ser espectral que está junto a la puerta, se ensombrece. No es de su agrado el rumbo que toma la conversación.

—No digo yo que sor Edit haya sentido otra cosa que piedad por David Holm, la primera vez que lo vio —responde la salutista—. Y, ciertamente, no tuvo luego más razones para amarlo, pues lo encontraba con frecuencia en su camino y él siempre le mostraba inquina. Varias mujeres de obreros venían a quejarse a nosotras de que sus maridos abandonaban el trabajo arrastrados por David Holm. Las violencias y los vicios aumentaban. Por doquiera que fuésemos, en nuestro trato con los menesterosos, nos dábamos cuenta de ello; y por todas partes podíamos apreciar la influencia y las malas artes de David Holm. Y dado el carácter de sor Edit, ya comprenderá que eso no hacía más que acrecentar su celo ardiente de ganarlo para Dios. Era una especie de alimaña que ella perseguía con buenas armas, confiando en la victoria final, porque ella se sentía la más fuerte de las dos.

—¡Aleluya! —exclama el joven salutista—. ¡Sí; es fuerte! ¿Se acuerda, sor María, de una tarde en que vinieron, ella y usted, a un bodegón a distribuir anuncios de su nuevo asilo? Sor Edit divisó a David Holm sentado ante una mesa, con un joven que escuchaba sus historias y que se

unía a él para reírse y mofarse de las salutistas. Pero sor Edit, se había fijado en el joven y su corazón se sintió conmovido por la piedad. Lo miró dulcemente, se acercó a él y le suplicó que no se dejase arrastrar a su perdición. El mozo no respondió nada, pero no pudo obligar a su boca a sonreír. Continuó en su sitio y hasta llenó de nuevo su vaso, pero no pudo decidirse a acercarlo a sus labios. David Holm y los demás bebedores se burlaban de él, diciéndole que la salutista le había metido miedo. No era miedo, sor María; era piedad, la tierna piedad de su mirada la que lo había dominado y lo había vencido hasta tal punto, que un momento después abandonó la tabernucha para seguirla. Usted sabe que es verdad esto que le digo, y sabe también quién era aquel joven, sor María.

—¡Amén! ¡Amén! Verdad que sé quién es, y sé también que desde aquel día él ha sido nuestro mejor amigo y ayudante —responde la hermanita con un amistoso movimiento de cabeza—. Yo no niego que sor Edit haya triunfado una vez, por casualidad, sobre David Holm; pero la mayor parte de las veces, fue ella la vencida. Aquella noche de fin de año, sor Edit tomó un gran enfriamiento y luchaba con una tos pertinaz que no ha cesado desde entonces. Se notaba en ella esa especie de desfallecimiento que da la enfermedad, y acaso por eso no luchaba ya con las mismas probabilidades de victoria.

—Sor María —objeta el joven—, no hay nada en cuanto me dice que indique que ella lo amase.

—Tiene razón. Al principio, nada hacía sospecharlo. Ya le diré lo que me hizo creerlo. Conocíamos a una pobre costurera tísica, que adoptaba todas las precauciones imaginables para no contagiar a su hijito. Ella nos contó que un día, en la calle, en ocasión de haberla asaltado un violento acceso de tos, se acercó a ella un vagabundo: «Yo tengo la tisis, también —le dijo—, y el doctor me ruega la mayor prudencia. Me burlo yo de ello. Yo toso en las mismas narices de la gente, y escupo en todas partes; y espero que esto dará resultado. ¿Por qué han de ser ellos más felices que nosotros? Quisiera yo saberlo».

»Se alejó; pero la pobre mujer quedó tan impresionada que estuvo enferma todo el día. Nos describió al tal vagabundo como un hombre de alta estatura, arrogante, a pesar de sus andrajos. No recordaba sus facciones,

pero durante varias horas no pudo olvidar sus ojos, que parecían dos surcos amarillentos y malignos, cubiertos por sus párpados hinchados y rojos. Lo que más la había asustado de aquel hombre era que no parecía borracho ni completamente abatido, sino que demostraba abrigar un odio feroz hacia sus semejantes.

»Ni sor Edit ni yo, dudamos mucho en reconocer a David Holm en aquel hombre; pero quedé admirada al ver que sor Edit lo defendía. Trataba de persuadir a aquella pobre mujer de que solamente se había divertido, asustándola.

»—Ya comprenderán ustedes que un hombre que tiene tal aspecto, de fortaleza como el suyo, no puede ser tuberculoso —decía—. Yo lo creo bastante malo como para querer infundirles miedo; pero no iría él a extender el contagio adrede si estuviese enfermo... No es precisamente un monstruo.

»No lo creíamos nosotras así; estábamos persuadidas de que no fingía ser más malo de lo que era. Pero lo defendió con un ardor tal, que ella misma terminó por criticarse.

En este momento el carretero da evidencias por segunda vez de que presta atención a cuanto se dice, pues se inclina sobre su prisionero y mira al fondo de sus ojos:

—Yo creo que la salutista tiene razón, David. Quien se negó a creer tanta cosa mala en ti, ha debido amarte mucho.

—Acaso esto —continúa sor María— no signifique nada, Gustavsson; y lo que he observado dos días después puede que signifique menos aún. Era una tarde: Sor Edit y yo regresábamos al asilo. Ella estaba cansada, descorazonada, por una serie de tribulaciones que habían abrumado a algunos de sus protegidos. En aquel momento, David Holm la asaltó: quería solamente anunciarle, dijo, que en adelante podía quedar tranquila, toda vez que él iba a ausentarse de la ciudad. Yo pensé que, en efecto, sor Edit se mostraría contenta, pero comprendí por su voz que estaba tristecida.

»Muy bruscamente le dijo que habría preferido que no se marchase, para haber tenido ocasión durante algún tiempo aún, de poder luchar con él. David, con su burlón acento de siempre, le respondió que lo sentía mucho, pero que se veía obligado a partir para buscar a través de Suecia una

persona a quien le era absolutamente preciso hallar. Y ya ve, Gustavsson, sor Edit preguntó con tan visible inquietud quién era aquella persona, que yo estuve a punto de deslizar en su oído una advertencia. Él contestó que si llegaba a dar con la persona en cuestión, bien pronto oiría hablar de ella. Entonces tendría ocasión de alegrarse con él, pues no tendría ya necesidad de recorrer el país como un andarín o como un vagabundo. Tras estas palabras nos dejó, y ciertamente cumplió lo dicho: durante mucho tiempo no volvimos a verlo. Deseaba yo que jamás volviéramos a oír hablar de él, pues parecía llevar consigo la desgracia por dondequiera que estuviese. Pero un día se presentó a sor Edit una mujer y le pidió noticias de David Holm. Declaró que era su esposa, pero que no había podido continuar viviendo con él a causa de su embriaguez y de su mala vida. Ella lo había abandonado y se había puesto a salvo con sus hijos; había venido a vivir a nuestra ciudad por parecerle suficientemente retirada como para que jamás él tuviese la idea de perseguirla aquí. Había buscado trabajo en una fábrica y ganaba lo suficiente como para vivir en forma holgada ella y sus hijos. Era una mujer pulcramente vestida, inspiraba confianza. Muy pronto llegó a ser maestra en la fábrica y logró amueblar un lindo piso. Antes, cuando vivía con su marido, ella y sus niños se morían de hambre. Había oido decir que su esposo había sido visto en la ciudad, que vivía en ella, y que las salutistas lo conocían. Por eso venía a informarse.

»Si entonces hubiese estado presente, Gustavsson; si hubiese visto y oido hablar a sor Edit, no lo habría olvidado jamás. Cuando la mujer declaró su estado, sor Edit palideció cual si llegase a punto de morir; pero se rehizo prontamente y sus ojos adquirieron una celestial expresión. Se vio que había logrado vencerse a sí misma, y que no deseaba nada más en la vida. Y habló a aquella mujer con una dulzura tal, que la emoción llegó hasta el llanto. No le dirigió reproche alguno, pero trató de inspirarle algún remordimiento por haber abandonado a su marido. Creo yo que aquella pobre mujer terminó por juzgarse con dureza.

»Y sor Edit, Gustavsson, supo despertar el antiguo amor; el amor que ella había sentido por su marido al casarse con él. Invitó a la mujer a hablar de los primeros tiempos de su matrimonio y a desear a su marido. No le

ocultó el miserable estado en que se encontraba, pero supo comunicarle el mismo anhelo ardiente, que ella misma sentía de elevar a David Holm.

El carretero por tercera vez se inclina hacia su prisionero; pero ahora se yergue de nuevo sin dirigirle la palabra. Tantas son las tinieblas que se han condensado sobre el corpachón tendido en tierra, que el carretero se apoya en el muro y se baja el capuchón hasta los ojos para no verlo.

—Existían, sin duda en el corazón de aquella mujer, gérmenes de remordimiento —agregó sor María—, que se revelaron durante las conversaciones sostenida con sor Edit. En la primera entrevista se convino, sin embargo, no decir al marido dónde estaba su esposa. Fue mucho más tarde, después de otras entrevistas, cuando se cambió de resolución. Sor Edit no se lo aconsejó directamente, mas yo sé que deseaba que la mujer llamase a su marido; pero me veo obligada a confesar que aquella aproximación, que habría de perder a la señora Holm, fue obra suya. Mucho he reflexionado y muy segura estoy de que si sor Edit, no hubiese amado a David Holm, no se habría atrevido a asumir una responsabilidad semejante.

Sor María pronuncia estas últimas palabras con tal resolución, que los dos seres que tan turbados se hallaron cuando se comenzó a tratar del amor de la hermanita, no se mueven. El salutista permanece inmóvil con la mano sobre los ojos, y el hombre tendido junto a la puerta, recobra su primera expresión de odio sombrío con que apareció al ser arrastrado allí a viva fuerza.

—Nadie sabía adónde había ido David Holm —continúa sor María—, pero sor Edit le envió por otros caminantes el mensaje de que podía darle noticias de sus hijos y de su mujer. Y volvió. Sor Edit lo reunió con su esposa, no sin antes haberlo vestido convenientemente y haberle buscado trabajo en casa de un contratista de obras. No le pidió promesa alguna de enmienda, ni le exigió compromiso de ninguna especie. Sabía muy bien, que no se ata con promesas a un hombre como él, pero esperaba replantar en la buena tierra el trigo caído entre zarzas, y creía seguro el triunfo. Y acaso hubiera llevado sor Edit a buen término su obra si hubiese podido seguir ocupándose de ella. Pero la fatalidad ha querido que cayese enferma. Al principio fue una congestión pulmonar; después, curada ya la

congestión, en lugar de entrar en convalecencia, comenzó a perder sangre, y fue necesario llevarla al sanatorio.

»No es menester que le diga cómo se ha portado David Holm con su mujer. La sola persona que lo ignora, o, por lo menos, a quien hemos tratado de mantener en la ignorancia respecto a esto, es sor Edit, pues hemos tenido compasión de ella. Hemos confiado en que muera sin oír hablar de ello: pero no sé lo que ocurrió. Me temo que lo sepa todo.

—¿Cómo podrá haberlo averiguado?

—El lazo que la une a David Holm es tan fuerte, que yo creo que ella llega a conocer todo cuanto le concierne por medios sutiles que no son los ordinarios. Porque lo sabe todo es por lo que insiste tanto en verlo. Yo, a lo menos, estoy convencida de ello. Él ha arrastrado a su mujer y a sus hijos a una miseria extrema, y sor Edit comprende que sólo dispone de unos instantes para reparar el mal que les ha causado. ¡Y es tal nuestra pereza, que no somos capaces de traerlo aquí!

—Pero, sor María, ¿a qué traerlo aquí? Ni hablarle podrá siquiera. ¡Está tan débil...!

—Yo le hablaré en su nombre —responde la joven salutista, llena de confianza—. Y él escuchará la palabra que yo le dirija en el lecho de muerte de sor Edit.

—¿Y qué le dirá usted, sor María? ¿Le dirá que ella lo ha amado?

Sor María se levanta, junta las manos sobre el pecho, alza el rostro al cielo y cierra los ojos:

—¡Señor, Dios nuestro! —implora—. ¡Haced que David Holm venga antes de que muera sor Edit! ¡Señor, hacedle ver y sentir su amor y haced que el fuego de este amor funda su alma! ¿No habéis, Señor, inspirado este amor para conquistar su corazón? ¡Señor, dadme valor para no pensar en cuidarme de ella, pero sí para atreverme a sumergir el alma de este hombre en la llama de su amor! ¡Permitid, Señor, que él lo sienta como un aire suave y tibio, como el roce de un ala, como la luz rosada que al amanecer muestra la aurora para desgarrar las tinieblas de la noche! ¡No permitáis, Señor, que crea que deseo vengarme de él! ¡Hacedle comprender que sor Edit no ama en él más que su alma, lo que él trataba de estrangular y de destruir! ¡Señor, Dios mío...!

Sor María se estremece y abre los ojos. El joven se dispone a ponerse su abrigo.

—Voy a buscarlo —dice con temblorosa voz—, y no regresaré sin él.

El ser que yace tendido junto a la puerta se vuelve hacia el carretero y, al fin, le dirige la palabra:

—Jorge, ¿no ha durado bastante esta historia? Al principio tenía algo de emocionante lo que decían estos. Acaso hubieran podido blandarme así; pero es menester ponerles sobre aviso: ¿por qué han hablado de mi mujer?

El carretero no responde, pero, con un gesto indica la habitación inmediata. La puerta se entreabre y una viejecita se presenta en ella. Se aproxima a los salutistas con vacilantes pasos y dice con voz que tiembla por lo que anuncia:

—No quiere permanecer acostada en la alcoba. Quiere venir aquí. ¡Ahora sí que está todo acabado!

V

LA pobre hermanita que agoniza, siente que las fuerzas la abandonan por momentos. No sufre, pero lucha contra la debilidad de la muerte, como antes, cuando velando a los enfermos luchaba contra el sueño. «¡Ay, cuán dulce sería dejarse caer en brazos del reposo!», decía entonces, dominada por el sueño; y si, a pesar de todo, se amodorraba un instante, se despertaba rápidamente, para volver a su obligación.

Ahora le parece que en alguna parte, en una amplia y fresca habitación en la que el aire infinitamente puro, ligero, sería una delicia para sus pobres pulmones dañados, se le prepara un lecho ancho y hondo, con mullidas almohadas. Sabe que se le está preparando este lecho, y le falta tiempo ya para poder tenderse y hundirse en él y sumirse en el sueño de la inmensa laxitud que la agobia.

Pero tiene la evidencia de que, entonces, se dormiría tan profundamente, que no se despertaría ya. Por eso insiste en rechazar el tentador reposo. Aún no tiene derecho a él.

Cuando la hermanita mira en torno de ella, hay un reproche en sus ojos. Su aire es más severo que nunca. «¡Qué duros son! —parece decir con su mirada—. ¡No me ayudan en lo único que interesa aún a mi corazón! ¿No he hecho yo bastante por servirles a todos cuando estaba sana, que no pueden hacerme ahora el favor de traer aquí a quien deseo ver?».

La mayor parte del tiempo permanece con los ojos cerrados, acechando el menor ruido. De pronto recibe la impresión de que un extraño ha entrado en la habitación inmediata, y espera al ser que se ha introducido cerca de ella. Entonces abre los ojos y dice a su madre con suplicante acento:

—Está a la puerta de la cocina. Madre, déjalo entrar.

Su madre se levanta y sale a la pieza de al lado. Después regresa moviendo negativamente la cabeza:

—No hay nadie, hijita mía —dice nadie más que sor María y Gustavsson.

La enferma suspira y deja caer los párpados, pero de nuevo recibe claramente la impresión de que él está sentado junto a la puerta y que la espera. Si tuviese siquiera sus vestidos al lado, en aquella silla, pronto estaría levantada para ir a verlo; pero no sabe cómo hacer para llegar a la habitación en la que sabe que él la espera.

«Mi madre no quiere dejarle entrar —se dice—. Mi madre cree, sin duda, que tiene demasiado mal aspecto y no quiere introducirlo aquí. Seguramente cree también que no sirve de nada que yo lo vea y que yo le hable».

Por fin, sor Edit tiene una idea, que le parece muy feliz:

«Pediré a mi madre que me haga trasladar a la otra pieza y le diré que tengo un gran deseo de volver a verme en ella una vez más. Mi madre no me rehusará esto».

Ella expone su deseo, pero su madre pone tantas objeciones, que llega a preguntarse si no habrá sido adivinada su farsa.

—¿No estás bien donde estás? —le dice—. Tú te encontrabas bien aquí los demás días...

Y, sentada al pie de la cama, la viejecita no se mueve. Sor Edit está como en los días de su infancia, cuando pedía a su madre algo que esta no creía oportuno concederle. Y, como en su infancia, repite su petición para vencer la resistencia de su madre:

—¡Desearía tanto estar en la habitación grande! Gustavsson y sor María trasladarán fácilmente mi lecho si tú se lo ruegas. Mi cama no se quedará allí mucho tiempo... ¡anda!

—Ya verás, hija mía, cómo en cuanto te veas allí desearás volver acá.

Sin embargo, se levanta y va a buscar a los dos amigos.

Felizmente la enferma está acostada en la camita de campaña en la que ha dormido durante toda su infancia, de modo que entre Gustavsson, sor María y la madre pueden trasladarla con facilidad. En cuanto ha traspuesto

el umbral, lanza una rápida mirada a la puerta de entrada. ¡Nadie! Se siente decepcionada. ¡Estaba tan segura de verlo allí!

Sin ilusión, cierra los ojos. Pero una vez más recibe la impresión de que un extraño se halla junto a la puerta.

«No puedo equivocarme —piensa—. Seguramente hay alguien allá; sea él, sea otro».

Abre los ojos y escudriña la habitación. Al fin, vaga, indistintamente ve que, en efecto, junto a la puerta hay alguien; una sombra apenas; mejor dicho, la sombra de una sombra.

Su madre se inclina hacia ella:

—¿Te encuentras mejor ahora, hijita?

Sor Edit contesta con un ligero movimiento y murmura que se siente cómoda estando allí; pero, sus ojos continúan fijos en la puerta.

—¿Quién está allí? —pregunta.

Quisiera ver claro; daría por ello su vida y más, aún. Y como sor María le oculta la puerta, ella logra que se aparte del umbral.

Habían colocado su lecho en la parte más distante de la entrada de la pieza, que ella y su madre llamaban por broma, el salón. Pasado un breve momento, la moribunda dijo con una voz tenue como un soplo:

—Madre, ahora que he visto ya el salón, quisiera que me llevaran al comedor.

Se da cuenta cabal de que su madre cambia una mirada de inquietud con los otros dos, y de que ellos mueven la cabeza. La enferma ve en aquella vacilación para cambiarla de sitio el deseo de tenerla alejada de aquel ser que se asemeja a una sombra y que permanece junto a la puerta. Dirige una suplicante mirada a su madre y a sus dos camaradas y estos le obedecen sin pronunciar palabra.

Cuando se encuentra ya en el «comedor», distingue mejor allá, en el fondo, una forma negra que tiene algo en la mano. No puede ser ese el hombre a quien ella desea ver; pero es alguien con quien le interesa hablar. Es preciso acercarse a él. Sus labios dibujan una compasiva sonrisa de disculpa, y hace señas de que ahora desea ser trasladada a la «cocina». Y la madre se echa a llorar. La moribunda comprende que su madre se acuerda sin duda de los tiempos en que su hijita se sentaba en el suelo, frente a la

chimenea, encarnadita por el resplandor del fuego, charlando y refiriendo lo que le había ocurrido en la escuela, mientras la madre preparaba la cena. Comprende que su madre vuelve a verla por doquier, en los sitios habituales, y que se siente desfallecer ante la idea de su aislamiento. Pero Edit no debe pensar en su madre en estos momentos. Su deber es concentrar toda su atención sobre la cosa más importante que le queda por hacer en el poco tiempo que le resta de vida.

Cuando ha sido trasladada ya al extremo de la pieza, distingue por fin al ser invisible que está junto a la puerta. Es un hombre cuyo capuchón negro está hundido hasta los ojos y que tiene una guadaña en la mano. Ella lo reconoce inmediatamente:

—Es la Muerte —dice.

Todo su temor consiste en que se la lleve demasiado pronto para lo que tiene que hacer acá abajo.

A medida que la enferma se aproxima, el prisionero, amarrado, tendido en tierra, se recoge sobre sí mismo, tratando de hacerse más pequeño, como para huir de ella. Él observa que sor Edit mira, aún hacia la puerta, y procura no ser visto. No quiere sufrir esta humillación. Las miradas de la hermanita no se encuentran con las suyas; están fijas en el carretero, y David Holm piensa que si ella ve a alguien, es a Jorge.

Apenas ha sido depositado el lecho en la parte de la pieza que sirve de cocina, David Holm, ve cómo sor Edit llama con un gesto a Jorge, velado siempre por su capuchón como si tiritase de frío. Este se aproxima a ella, y la moribunda lo saluda con una sonrisita suplicante:

—Ya ves que no tengo miedo de ti —le dice con tenue vocecita—. No deseo otra cosa que seguirte; pero es preciso que me des una prórroga hasta mañana, a fin de cumplir la tarea para la cual me ha enviado Dios acá abajo.

Mientras ella habla a Jorge, David Holm levanta la cabeza y la mira. Está revestida de una belleza que no poseía antes; tiene algo de noble, de sublime, de intangible y de tan extraordinariamente seductor, que no se atreve a separar de ella su mirada.

—¿Acaso no me oyes? —dice la moribunda a Jorge—. Inclínate un poco hacia mí.

Jorge inclina la cabeza, hasta que su capuchón le roza la frente.

—Habla tan bajo como quieras —le murmura—, que te oiré, a pesar de todo.

Entonces ella comienza a hablar con una vocecita tan débil, que ninguna de las tres personas que rodean su lecho sospecha que musita algunas palabras. Sólo Jorge y el espectro que está junto a la puerta la escuchan.

—No sé yo si tú te das cuenta de cuán importante es para mí que me concedas una prórroga hasta mañana —le dice—. Hay alguien con quien es menester que hable. ¡No sabes tú cuánto mal he causado involuntariamente! He confiado demasiado en mí y he obrado con excesiva independencia. ¿Cómo me atreveré a presentarme ante la faz de Dios, siendo, como soy, la causante de desgracias tan grandes?

Sus ojos se dilatan por el terror y suspira, penosamente; pero continúa sin esperar la respuesta de Jorge:

—Es preciso que te diga que aquel a quien yo quiero ver es el hombre a quien amo. ¿Comprendes? El hombre a quien amo...

—Pero, hermana —dice el carretero—, este hombre...

Ella no le deja seguir; tanta es la prisa que tiene por explicarle todas las razones que deben hacerle reflexionar:

—Debes comprender que estoy dominada por gran desesperación cuando te confieso que amo a este hombre. Estoy anonadada de vergüenza al amar a un hombre que no es libre. He luchado. He rezado. ¡Yo que debía ser un apoyo y un guía de los desventurados, soy peor que el peor de ellos!

Jorge le pasa la mano por la frente como para calmarla, pero nada dice, y ella continúa:

—La más grande humillación no está tanto en amar a un hombre casado, sino en amar en este hombre a un mal hombre. No sé por qué he necesitado entregar mi amor a un miserable. He supuesto, he creído, que algo había de bueno en ello, y, esperando siempre, siempre he sido engañada. Muy mala debo de ser yo también para que mi amor se haya descarriado de tal modo.

—¿Comprendes ahora que no puedo morir antes de haber realizado un supremo esfuerzo para despertar lo que pueda existir de bueno en él?

—¡Has hecho ya tantos esfuerzos! —dice Jorge. La hermanita cierra los ojos y reflexiona, pero torna a abrirlos rápidamente, y un rayo de nueva

confianza ilumina su rostro:

—Acaso creas que te suplico este plazo por mi propia cuenta, y que, en el fondo, no me preocupo de los que han de quedar en la tierra cuando yo me vaya. Yo te explicaré algo de lo que ha ocurrido durante el día de hoy, y verás que es, precisamente, para salvar a otras personas para lo que tengo necesidad de vivir.

Cierra los ojos, y sin volver a abrirllos, continúa:

—Esta mañana me parecía que yo, con un cesto al brazo, había salido, sin duda, a llevar comida a algún pobre. Me encontraba en un patio desconocido. En todo el contorno se alzaban altas casas, limpias, bien cuidadas, que tenían cierto aire burgués. No comprendía yo qué cosa era la que había ido a hacer allí, hasta que advertí, adosada a uno de los muros, una pequeña construcción; algo como un cobertizo, en el que se hubiese habilitado una morada. Del techo fluía un hilo de humo, que me demostró que aquel desván estaba habitado. Entonces me dije: «Seguramente es aquí a donde vengo». Ascendí por una escalera de madera. Cedió el picaporte; la puerta no estaba cerrada y entré sin llamar. Nadie prestó atención a mi llegada y permanecí en un rincón esperando el momento oportuno, pues yo sabía que había sido guiada hasta allí para cumplir una misión importante. Miré en torno. Pocos muebles; ni un solo lecho; por tierra, algunos colchones despanzurrados y algún jergón; algunas sillas, todas estropeadas; ante una ventanuca, una mesa de pino. Y de pronto comprendí que estaba en casa de David Holm. Era su mujer la que estaba en la pieza. Por lo visto, había cambiado de domicilio durante mi estancia en el sanatorio. Pero ¿por qué esta miseria? ¿Dónde estaban sus muebles? ¿Dónde la máquina de coser y la linda cómoda? No había nada; nada. «¡Qué aire de desesperación tiene la mujer —me dije—, y cuán pobemente vestida va la pobre! ¡No es ya la misma de esta primavera!». Hubiera querido correr hacia ella y preguntarle qué había ocurrido; pero observé que no estábamos solas: dos señoras le hablaban con animación. Estaban tan serias que enseguida comprendí de qué se trataba. Proponían a la pobre madre llevar sus hijos a un asilo, para que no fuesen contagiados por el padre tuberculoso. Al principio me pareció haber oído mal. «¡David Holm tuberculoso! —pensé—. ¡Esto no es posible...!». Verdad es que yo se lo había oído confesar una

vez; pero no quise creerlo. No oía, tampoco, hablar más que de dos hijos. Yo creía que tenían tres..., pero no tardé en comprender. Una de las visitantes, que veía llorar a la pobre madre, dijo dulcemente que los niños no estarían mal en el asilo; que estarían allí mejor atendidos que en cualquier casa de familia. «Perdóneme, señora, si lloro —oí entonces, responder a la mujer de David Holm—. Más lloraría si no tuviese esta esperanza de poder enviarlos a un asilo. Mi tercer hijo está en el hospital, y ante sus sufrimientos me he confesado que sería yo feliz y estaría llena de reconocimiento si alguien quisiera ayudarme a alejar de aquí a los otros dos».

»Al oírla hablar así, sentí que el corazón se me partía de pena. ¿Qué había hecho David Holm de su mujer, de sus hijos y de su hogar? O, mejor dicho, ¿qué había hecho yo? Fui yo quien los había reunido. Comencé a llorar, a mi vez; y no comprendía cómo las tres personas aquellas no hiciesen caso alguno de mi presencia. Vi cómo la mujer se acercó a la puerta. “Voy a llamar a los niños —dijo— están jugando en la calle”. Pasó tan cerca de mí, que su pobre falda remendada me rozó. Me postré de rodillas y, sollozando, besé el borde de ella. Me sentía incapaz de pronunciar una sílaba. El daño que había causado a aquella infeliz mujer era enorme. Me sorprendió que tampoco ella se fijase en mí; pero supuse que era que no quería hablar a quien la había sumido en la desgracia. Antes de que tuviese tiempo de abrir la puerta, una de las señoras la llamó: había que llenar ciertas formalidades antes de llamar a los niños, y sacando de su bolso de mano un papel, se lo leyó a la madre. Era una certificación que habrían de firmar los padres, en que declaraban que confiaban sus hijos a la fundación mientras su hogar estuviese infestado por tuberculosis.

»Había otra puerta al extremo opuesto de la pieza. Se abrió, y apareció en ella David Holm. Tuve la impresión de que él había estado escuchando detrás de aquella puerta para hacer su aparición en momento oportuno. Vestía sus viejas ropas sucias y desgarradas, y brillaba en sus ojos un resplandor siniestro. Parecía contemplar con satisfacción la miseria en torno suyo. Comenzó manifestando su amor hacia sus hijos. Teniendo ya a uno de ellos en el hospital, le sería muy doloroso tener que prescindir de los otros dos. Las visitantes no se molestaron escuchándolo hasta el fin. Le hacían

observar, sin embargo, que, conservando los niños a su lado, seguramente los perdería antes. Mientras discutían, me separé de ellos para mirar a la mujer. Se había retirado, pegándose a la pared, y me pareció la víctima que contempla a su verdugo. Comencé a darme cuenta de que había obrado más imprudentemente, y peor de lo que me figuraba. Creí ver en David Holm un odio latente hacia su mujer, y que había deseado encontrarla, no para tener un hogar, sino para torturarla. Les oía hablar a las visitantes de su amor paternal. Ellas le replicaban que podría demostrarlo observando las prescripciones del médico, evitando extender el contagio. Pero no se les pasaba por alto lo que él meditaba. Yo fui la primera en vislumbrarlo. “Quiere quedarse con los niños —me dije—, sin importarle que adquieran la enfermedad”. La pobre madre había llegado, quizás, a la misma conclusión; pues de pronto gritó violenta, desesperadamente: “¡Asesino! ¡No quiere dejarme llevarlos al asilo! ¡Prefiere verlos morir de la enfermedad que él les contaminará...! ¡Ha pensado que de este modo se vengará más cruelmente de mí!”. David Holm se contentó con encogerse de hombros. “Lo cierto es —dijo fríamente— que no quiero firmar ese papel”. Hubo una tempestad de palabras: la mujer lo colmó de injurias y las dos señoras, con el rostro enrojecido, le dirigieron duros reproches. Yo escuchaba acongojada. Nadie sufría tanto como yo, pues nadie amaba más que yo al hombre que cometía aquella vileza. Pedí a Dios que inspirase a las señoras las palabras necesarias, las que le hubiesen conmovido. Hubiera querido precipitarme yo para hablarle; pero me encontraba extrañamente torpe, como paralizada. Ni la mujer ni las dos señoras hablaron de Dios. Nadie lo amenazó con la cólera de Dios. Me parecía tener en la mano, sin poder lanzarlo, el rayo divino. Un brusco silencio siguió a la tormenta. Las dos señoras se levantaron disponiéndose a partir. La mujer no. Se había desplomado desesperada, sobre una silla. Una vez más aún, hice un esfuerzo sobrehumano para moverme y para hablar. Las palabras me quemaban la lengua: “¡Oh hipócrita! —hubiera querido decirle—. ¿Crees que no entiendo tus designios? Yo, que voy a morir, te emplazo ante el tribunal de Dios. Te acuso ante el Juez Supremo de querer matar a tus propios hijos. ¡Yo declararé contra ti!”. Pero al disponerme, por fin, a pronunciar estas palabras, vi que no me hallaba ya en casa de David Holm.

Estaba aquí, impotente, postrada en mi lecho. Y, después, lo he llamado, lo he llamado, sin lograr hacerlo venir.

La hermanita ha permanecido durante su relato con los ojos cerrados. Ahora los abre, cuán grandes son, y mira a Jorge con ansiedad:

—¡No me llevarás antes de que le haya hablado! —suplica—. ¡Piensa en su mujer y en sus hijos!

El ser postrado en tierra se admira. ¿Por qué Jorge no la calma con una palabra, diciéndole que David Holm está muerto, y, por lo tanto, es incapaz ya, para siempre, de atormentar a su mujer y a sus hijos? ¿Por qué no lo hace? Por el contrario, la desalienta más.

—¿Qué poder tendrás tú sobre David Holm? —dice Jorge—. No es hombre que se preste a reflexionar. Todo cuanto has visto, es sólo una parte de la venganza con que durante muchos años ha alimentado su corazón.

—¡Oh! ¡No hables así! —suplica la hermanita.

—Yo lo conozco mejor que tú —dice el carretero—. Yo te contaré lo que ha hecho y quién es David Holm.

—Sí, sí, cuenta. Este es mi mayor deseo; de este modo podré conocerlo.

—Pues vas a acompañarme a una gran ciudad —comienza el carretero—. Nos detendremos delante de la prisión. Es una tarde. Un hombre que ha estado detenido una o dos semanas por embriaguez, acaba de ser libertado. Nadie lo espera frente a la puerta, pero él se detiene y mira a su alrededor. Hubiera deseado ardientemente encontrar a alguien en aquel momento, pues sale trastornado por una fuerte emoción. Durante su estancia en la cárcel, un hermano suyo, joven, nublado por la embriaguez, ha cometido un asesinato y ha sido detenido. El hermano mayor lo ha sabido por el limosnero de la prisión, quien lo ha llevado a la celda del matador y le ha enseñado al joven, con las esposas aún en las muñecas, pues había opuesto resistencia a la detención. «¿Ves quién está ahí? —le ha dicho el pastor, y David Holm ha recibido una conmoción violenta, pues había profesado siempre un tierno afecto por este hermano joven—. Tiene para muchos años de prisión —ha continuado el pastor—, pero todos creemos, David Holm, que eres tú quien debiera sufrir su pena; pues si está ahí, es por tu culpa, tú le has arrastrado por el mal camino y tú has hecho de él un miserable borracho». David Holm, de vuelta a su celda, fue presa de una crisis de llanto de

remordimientos. En aquel momento terrible se prometió solemnemente renunciar por siempre a su vida de disipación. Su pensamiento iba desde su hermano a su pobre mujer y a sus hijos y juró que nunca tendrían motivos para quejarse de él. Así es que aquella tarde en que salía de la cárcel, lo abrasaba el deseo de ver a su esposa y a sus hijitos, para asegurarles que comenzaba una nueva vida. Llega a su casa. No se abre la puerta de par en par al primer golpe de su llamada, como ocurría siempre, tras sus anteriores ausencias. Un presentimiento terrible le hiela la sangre. No quiere darle fe. No es posible que ella haya huido, ahora que viene él convertido en otro hombre. Su mujer, al salir, tenía la costumbre de esconder la llave debajo del felpudo. Se inclina, y la halla, en efecto. Abre la puerta... Y retrocede. Por un momento se pregunta si no se habrá equivocado, pues la habitación está vacía. Ahí están la mayor parte de los muebles, pero no hay nadie. Ni visillos en las ventanas, ni leña para encender fuego, ni nada para comer. La pieza está desnuda, fría, inhóspita, como una morada deshabitada largo tiempo. David llama en casa de uno de sus vecinos para preguntar si su mujer ha caído enferma, y ha sido, quizás, trasladada al hospital.

»—No; el otro día hablé con ella y no estaba enferma.

»Pero ¿adónde ha ido? Nadie lo sabe. Es curioso y divertido...». Y de nuevo tiene el presentimiento de lo que ha pasado. Su mujer ha aprovechado su ausencia para abandonarlo. Ella se ha llevado sus hijos, ha recogido los objetos más indispensables, sin prepararlo siquiera para este abandono. Lo ha dejado volver, para encontrar este vacío. ¡Él, que pensaba llevarle una gran alegría! Tanto a solas, en su celda, como después, a lo largo de las calles, iba él pensando en lo que habría de decirle. Al principio le pediría perdón. Después le prometería no volver a buscar la compañía de un hombre que había sido su compañero de disipación. Él había sido atraído por aquel hombre, no sólo por tendencia al mal, sino porque se trataba de un sujeto que tenía educación y estudios. No lo trataría ya. A la mañana siguiente iría a buscar a su antiguo patrón y le pediría volver a ingresar en el taller. Trabajaría y se afanaría por su mujer y por sus hijos, y les habría comprado buenos vestidos y les habría asegurado una desahogada existencia... ¡Y lo habían abandonado!

»Ante esta dureza de corazón, siente frío y tiembla. Se hubiera explicado, que fuese ella sola quien lo abandonase, pero clara, francamente. No tendría derecho a quejarse. Certo es que ella no había sido feliz con él. Pero marcharse así, sin decirle una palabra, era cruel. No se lo perdonaría jamás. Lo había puesto en ridículo ante el mundo; el barrio entero se reiría de él aquella tarde. Y prometió que cesarían las risas. La buscaría, la hallaría, y sabría hacerle pagar aquella humillación y aquel dolor. También ella sabría, a su vez, lo que es sentir llegar el frío a lo hondo del corazón.

»Esta idea fue su preocupación única. Se puso en busca de su mujer, la buscó durante tres años, y todo este tiempo alimentó su rabia y su odio con el recuerdo de sus horas de sufrimiento.

»La acción realizada por su mujer aparecía ante sus ojos como un crimen sin ejemplo. Recorrió caminos solitarios, y en la soledad crecía su deseo de venganza».

La moribunda hermanita, ha escuchado en silencio. En este momento interrumpe la relación del nebuloso ser que se inclina hacia ella y exclama.

—¡No me digas más! Es demasiado espantoso. ¿Cómo podré yo dar cuenta de lo que he hecho? Si yo no los hubiese acercado el uno al otro, su pecado no hubiera sido tan grande.

—Nada diré —responde el carretero—. Solamente quería hacerte comprender que es inútil concederte esa prórroga.

—¡Oh, sí, sí! ¡La necesito! —clama la hermanita—. Yo no puedo morir sin haber vuelto a verlo. Ya sabes que lo amo. No lo he amado nunca tanto como ahora.

El espectro que está junto a la puerta se estremece. Desde que empezaron a hablar sor Edit y el carretero, no ha cesado de mirarlos. Cada palabra que ella pronuncia y todas las expresiones de su rostro se han grabado en su espíritu. Las recordará eternamente. Todo cuanto ella ha dicho, aun lo más duro, ha sido dulce de escuchar para él. Su angustia y su compasión cuando Jorge ha referido su historia, han embalsamado sus heridas. No sabría él qué nombre dar a aquello que siente por ella. Solamente sabe que, viniendo de ella, lo soportaría todo. Solamente sabe que ella lo ha amado tal cual era él; él, que en mal pago le había dado la muerte. Es maravilloso, indeciblemente maravilloso. Cada vez que él oía

decir que ella lo amaba, su alma experimentaba una profunda emoción. Se esfuerza por llamar la atención del carretero, pero este no mira ni una vez siquiera hacia su lado. Entonces trata de levantarse, pero vuelve a caer, presa de terribles dolores.

Ve cómo la hermanita se agita inquieta y atormentada, extendiendo sus manos juntas hacia Jorge; pero el rostro del carretero permanece severo e impasible.

—Yo te hubiese acordado la prórroga si supiera que iba a servir de algo —dice este—. Pero sé que no tienes poder alguno sobre ese hombre.

Diciendo estas palabras, el carretero se inclina nuevamente sobre la moribunda para pronunciar la frase de liberación del alma de su envoltura terrenal.

Pero en ese momento una figura nebulosa se acerca, reptando al lecho. Con sobrehumanos esfuerzos, y a cambio de un dolor sin comparación posible con cuantos ha experimentado jamás, David Holm ha hecho saltar sus ligaduras. Cree él que este acto será castigado con la eterna perduración de sus dolores, pero sor Edit no esperará y no confiará en vano, puesto que él se halla tan cerca de ella. Se desliza la sombra por el lado opuesto del lecho, allá por donde no pueda verle Jorge, su enemigo, y logra asir una de las manos de la agonizante. Por incapaz que él sea de ejercer la menor presión, ella se da cuenta de su presencia y con un rápido movimiento se vuelve hacia él. Lo ve de rodillas, junto a ella, con el rostro postrado en tierra sin osar levantar los ojos, comunicándole por medio de su mano, que él quisiera estrechar, su amor, su gratitud, su corazón enternecido al fin. Entonces sobre el rostro de la hermanita se desliza un rápido resplandor de felicidad. Mira a su madre, a los dos amigos a quienes no ha tenido tiempo de dar un postrer adiós y los pone por testigos de su dicha. Con su mano libre les muestra el ser postrado en tierra para que participen con ella de la alegría inefable de ver a sus pies a David Holm, arrepentido y contrito. Pero en el mismo instante, el carretero, se inclina hacia ella y le dice:

—¡Prisionera! ¡Dulce alma amante! ¡Sal de tu prisión!

Sor Edit se desploma de espaldas sobre las almohadas y exhala la vida con un suspiro.

David Holm es arrastrado hacia atrás violentamente. Sus ligaduras se enlazan nuevamente a sus brazos, pero esta vez sus piernas quedan libres. Jorge, secamente, le da orden de seguirle.

—¡Ven! —le dice—. Nada tenemos que hacer aquí nosotros. Los que deben recogerla han llegado ya.

Y arrastra a David Holm con aspereza. Este cree ver cómo la habitación se llena repentinamente de seres luminosos. Cree verlos en toda la escalera, hasta la calle, pero se siente transportado tan vertiginosamente que no puede distinguir nada con claridad.

VI

DAVID se encuentra de nuevo arrojado en el fondo del carricoche, revuelta el alma por la cólera, no sólo contra el mundo entero, sino contra sí mismo. ¿Qué locura fue aquella que se había apoderado de él tan de pronto y que lo había hecho postrarse a los pies de sor Edit como un pecador arrepentido? Sin duda Jorge se burlaba de él. Un hombre debe aceptar las consecuencias de sus actos. Bien sabe él por qué los ha cometido. Es ridículo que corra a arrojarse al mar de cabeza porque una muchacha diga que está enamorada de él. Sí. ¿Qué locura era esta? ¿Era amor? ¡Pero si él estaba muerto! ¡Si ella estaba muerta! ¿Qué clase de amor, pues, era este?

El jamelgo cojitrancó se pone en movimiento. Va golpeando los adoquines de una calle que conduce a las afueras de la ciudad. Las casas van espaciándose, los faroles escasean. La ciudad termina donde ellos se acaban.

A medida que se aproximan al último farol, una tristeza y una angustia inexplicables van apoderándose de él. Se da cuenta de que al abandonar esta ciudad, deja algo que no ha debido abandonar jamás.

Y en el momento en que experimenta esta acusación opresora, oye, a pesar del rechinar y del ruido de la carreta, voces que hablan detrás de él. Para escuchar mejor, levanta la cabeza.

Es Jorge que habla con alguien que parece haber montado en el vehículo. Un viajero en el que no se había fijado antes.

—No puedo muy lejos —dice una voz dulce, tan velada por la pena y por el dolor, que apenas se la oye—. ¡Tenía tantas cosas que decirle, pero mientras continúe ahí, malvado y furioso, no puedo hacerme ver ni oír por él! Tú le dirás de mi parte que he venido a verlo por última vez, pero que

ahora todo se ha acabado ya. Me llevan de aquí y nunca más podré mostrarme a él.

—Pero ¿y si se arrepiente y se enmienda? —dice Jorge.

—Tú mismo has expresado que era preciso no contar con ello —murmura la voz, temblando de dolor—. Le dirás de mi parte que yo había llegado a creer que deberíamos estar unidos eternamente, pero desde este momento no volverá a verme jamás.

—¿Y si expiase sus malas acciones? —insiste en preguntar Jorge.

—Le dirás que no tengo permiso para pasar de aquí —gimió la voz—, y le dirás adiós de mi parte.

—¿Y sí llega a convertirse en otro hombre? —interroga aún Jorge.

—Le dirás que yo lo amaré siempre —responde la voz con melancolía—. No puedo darle otra esperanza.

David Holm se ha incorporado de rodillas en el fondo del carro. Ante las últimas palabras de Edit, hace un esfuerzo supremo y se pone en pie. Trata de asirse a algo que se escapa de la insegura presa de sus ligadas manos. Sólo ha podido vislumbrar algo flotante, que deja un rastro de centelleante claridad, de belleza, hasta entonces insospechada.

Quisiera liberarse para correr en pos del ser fugitivo, pero repentinamente se siente dominado por algo que lo paraliza más que las ligaduras y que las cadenas. Es el amor. El amor de las almas, junto al cual el amor de los hombres no es más que un débil reflejo y que de nuevo, como en el lecho de muerte de Edit, lo subyuga.

Este amor ha ido apoderándose de él lentamente, como un fuego de nuevo encendido va poco a poco apoderándose del bosque. Nada se sabe de su obra; de tiempo en tiempo lanza una llamarada que prueba que no está extinguido. Una llamita de esta clase es la que acaba de encenderse en él. No luce aún con toda claridad, pero su luz es suficiente para mostrarle a la bien amada tan hermosa, que él se abate, lleno de temor, comprendiendo que no se atreve, que no quiere aproximarse a ella, que no podría soportarlo...

VII

EL carro de la Muerte continuó su marcha en plenas tinieblas. Por uno y otro lado, alto y espeso, se alzaba el bosque, y era tan estrecho el camino que apenas se divisaba el cielo. El caballo parecía moverse aun más lentamente que de ordinario, el gemido de los ejes se hacía más chillón, los pensamientos, más inquietantes, la desesperante monotonía parecía más grande que antes.

De pronto Jorge tiró de las riendas y el chirrido cesó por un momento. El carretero gritó con voz sonora y restallante:

—¿Qué significa todo el tormento que sufro, que el tormento que me espera aún, comparado con la satisfacción de no ignorar ya la única cosa que me importaba saber? ¡Yo os alabo y os doy mil gracias, Dios mío, por haberme sacado de las tinieblas de la vida terrestre! ¡Yo os bendigo desde el fondo de mi miseria, pues ahora sé que me habéis concedido el don de la vida eterna!

El viajero continuó con el chirrido acostumbrado, pero las palabras del carretero sonaron largo tiempo en los oídos de David Holm. Por vez primera experimentaba un leve sentimiento de piedad hacia su antiguo camarada. «Es un valiente —se dijo—. No se queja, a pesar de no tener ya esperanzas de verse tan pronto desembarazado de su carga».

Fue aquel un largo viaje que parecía interminable. Cuando David Holm creyó que debían de haber caminado por lo menos un día y una noche, llegaron a una ancha explanada bajo un cielo que no estaba ya nublado, en el que brillaba un claro creciente entre las Pléyades y Orión.

Con desesperante lentitud, el jamelgo cojo avanzaba por la llanura, y cuando la hubo atravesado, David Holm observó la luna, para calcular el

tiempo que en ello habían invertido. La luna continuaba aún en el mismo punto del espacio. David se asombró.

El viaje continuaba siempre, interminable, monótono. A largos intervalos David Holm miraba el cielo y las estrellas, pero volvía a encontrar en el mismo sitio a la luna, a las Pléyades y a Orión. Y se dio cuenta, por fin, de que ningún cambio se había verificado entre la noche y el día: las mismas tinieblas nocturnas habían reinado desde que ellos se habían puesto en marcha.

Durante horas y más horas continuaron caminando así, pero en el inmenso cuadrante celeste las agujas no giraban. David Holm recordó que Jorge le había dicho que el tiempo se alargaba indefinidamente para el carretero de la Muerte, con el objeto de que este pudiese visitar todos los lugares que le estaban designados. Compulsó con terror que lo que a él le habían parecido días y noches, no eran para el cálculo de los hombres, más que breves minutos. En su infancia había oído el contar la historia de un hombre que había visitado la morada de los bienaventurados que, al regreso entre los vivos, decía que cien años en el cielo de Dios pasan tan deprisa como un segundo sobre la tierra. Para el que conducía el carro de la Muerte, un día valía ciertamente por cien años.

Nuevamente sintió un latido de piedad hacia Jorge. «No es sorprendente que suspire esperando el relevo. El año ha sido largo para él».

Mientras subían una empinada cuesta, divisaron una persona que avanzaba más lentamente aún que ellos, y a la que se juntaron. Era una viejecita encorvada, andrajosa y débil que se arrastraba apoyándose en un recio palo y que, a pesar de su flaqueza, cargaba con un envoltorio tan pesado que la obligaba a inclinarse a un lado.

La vieja pareció haber obtenido el don de ver el carro de la Muerte, pues se apartó y se detuvo al borde del camino, como para dejarle pasar. Después reemprendió su marcha, apresurándose un poco, de modo de poder acercarse al carricoche y examinarlo a su gusto.

Bajo la blanca luz de la luna, se dio cuenta de que el caballo era un pobre animal ciego o tuerto, que los arneses estaban recomuestos con cuerdas y varillas de mimbres y que la carreta desvencijada estaba a punto de quedarse sin ruedas.

—Me pasmo de que haya gentes que se aventuren en un vehículo semejante, con un matalón como ese —murmuró sin pensar que podrían oírla los viajeros—. De buena gana les habría pedido permiso para subirme, pero bastante tiene esta pobre bestia con lograr tirar de sí misma. Y, en cuanto al carro, seguramente se partiría si pusiere en él el pie.

Apenas había murmurado estas palabras, Jorge se inclinó fuera del pescante y alabó su vehículo:

—¡Oh! Este caballo y este carro no son tan malos como creen. Con ellos he podido franquear mares cuyas olas eran tan altas como casas y en el que se sumergían los navíos.

La vieja lo miró con desconfianza. Después, pensando que se las había con un carretero amigo de bromas, respondió riendo:

—Su caballo y su carreta marchan, quizás, mejor por el mar que por las carreteras. Por lo menos, a lo que puedo yo apreciar, tienen dificultad para avanzar por aquí.

—Yo he bajado por pozos de minas hasta las entrañas de la tierra —respondió el carretero— sin que mi caballo haya tropezado, y he atravesado pueblos incendiados, en los que nos ha rodeado el fuego como un horno de minerales. Ningún hombre se atrevió a arriesgarse tan lejos, por entre las llamas y el humo, como este caballo, que lo hizo sin vacilar.

»A veces he tenido que subir hasta la cúspide de las montañas, por donde ni camino había —añadió Jorge—, pero mi caballo ha trepado por las paredes de las rocas y saltado precipicios, y la carreta se ha mantenido firme hasta por sitios en que el suelo estaba cubierto de piedras cual el lecho de un torrente. He franqueado pantanos en los que no había un solo terrón sólido que pudiera sostener un niño, y la nieve acumulada hasta la altura de un hombre no ha sido capaz de detenerme. No puedo, pues, quejarme de mis medios de locomoción.

—Si es ello tal como dice, no me extraña que esté contento con ellos —asintió la vieja—. Usted debe ser un hombre extraordinario para poseer un carro y un caballo semejantes.

—Yo soy el fuerte que tiene poder sobre los hijos de los hombres —responde el carretero, y su voz se torna solemne—. Yo los domino, tanto si habitan en altos salones como en cuevas miserables. Yo devuelvo la libertad

a los esclavos, yo destruyo reyes y tronos. No hay fortaleza tan poderosa cuyos muros no pueda yo escalar. No existe ciencia capaz de detener mi marcha. Yo golpeo a quienes con seguridad plena gozan de su suerte y reparto las herencias y los bienes a los míseros que han languidecido en la pobreza.

—¡Pues es lo que yo sospechaba! —replicó riendo la viejecita—. Me he topado a veces con famosos personajes. Pero, ya que usted es tan fuerte y posee un tan magnífico carroaje, acaso me permitirá subir a él y andar con usted un trocito de camino. Voy a casa de una de mis hijas, para celebrar el día de San Silvestre; pero me he equivocado de camino, y mucho temo verme obligada a pasar la noche al raso si usted no viene en mi ayuda.

—No me pida que la auxilie —dijo el carretero—. Más contenta quedará yendo a pie que subiendo a mi carreta.

—Acaso tenga razón —contestó la vieja—, pero al menos me dejará colocar mi fardel en el fondo de su carro, pues esto no le molestará.

Sin aguardar la respuesta, levantó su lío y lo depositó en el coche. Pero cual si lo hubiese colocado sobre las volutas del humo de las nubes, o de la niebla, el paquete cayó al suelo.

En el mismo instante la vieja perdió, sin duda, el poder de distinguir la carreta, pues se detuvo, sorprendida y temerosa, sin atreverse ni aun a dirigir una palabra al carretero.

VIII

EL carretero ha conducido a David Holm a una gran pieza de ventanas enrejadas y de paredes claras y desnudas. Una fila de camas se alinea a lo largo del muro, pero, de ellas sólo una está ocupada. Un pesado hedor a medicamentos los recibe; un hombre con uniforme de carcelero está sentado al borde del lecho y David Holm comprende que se halla en la enfermería de una prisión.

Una bombilla eléctrica pende del techo y a su claridad David Holm divisa en la cama a un enfermo joven, de hermoso aunque macilento rostro. Apenas ha lanzado una mirada sobre el enfermo, comienza a temblar. Se olvida de que ha sentido por Jorge una dulce piedad, y de nuevo le acomete con su antiguo furor el deseo de lanzarse sobre él.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —exclama con vehemencia—. Si llegas a tocar a aquel que yace en aquella cama, seremos enemigos mortales para siempre jamás. ¿Me entiendes?

El carretero se vuelve hacia él y le lanza una mirada cargada más de piedad que de reproche.

—Ahora comprendo, David, quién es el que está ahí. Al entrar, no lo sabía.

—Poco importa que lo supieras o no, Jorge, poco importa. Pero ahora...

David se interrumpe. Jorge ha hecho con la mano un imperativo signo, y David retrocede y se calla, vencido por un temor irresistible e irracional.

—Nosotros no tenemos más que obedecer y someternos —dice el carretero—. Tú no puedes ni desear ni exigir nada. Te conviene esperar órdenes tranquilo y resignado.

Después Jorge se cala el capuchón hasta los ojos, dando a entender que no quiere sostener conversación con él; y en medio del silencio que sigue, David Holm oye al prisionero, que comienza a hablar con el guardián.

—¿Cree que pueda yo ser algún día otro hombre? —pregunta el enfermo con voz vivísima, en modo alguno desesperanzada.

—¡Seguramente, Holm, seguramente! —responde el guardián con bondadoso acento, mezclado con una compasiva vacilación—. Sólo se necesita que repose un poco y que se desembarace de esta fiebre.

—Bien sabe que no me refiero a la fiebre —dice el enfermo—. Le pregunto si cree que podré algún día rehabilitarme. No es tan fácil esto, después de haber sido condenado por homicida.

—Eso no debe preocuparle, Holm, y todo se arreglará, pues me ha dicho que ya sabe dónde ir al salir de aquí —responde el guardián—. Será bien recibido, ¿no?

Por el hermoso rostro del prisionero pasa el reflejo de una bella sonrisa.

—¿Cómo me ha encontrado el médico hoy? —pregunta.

—Sin peligro alguno. El doctor dice siempre lo mismo. «Sólo con tenerlo fuera de estos muros, lo pondría de pie inmediatamente».

El enfermo levanta la cabeza y aspira el aire entre dientes.

—Fuera de estos muros... —suspira.

—Yo refiero únicamente lo que el doctor tiene la costumbre de decir —continúa el guardián—. No tome eso en el sentido de que sea lo indispensable para curarse. ¡No vaya a evadirse, como lo hizo hace cerca de un año! Eso no sirve más que para prolongar su prisión. ¡Es lo único que se gana con eso!

—No tema. Ahora soy mucho más razonable. Sólo pienso en cumplir mi condena. Después, trataré de comenzar una nueva vida.

—Tiene razón, Holm; será una vida nueva —dice el carcelero con cierta solemnidad.

Durante esta conversación David Holm sufre un verdadero martirio.

—Este pobre muchacho ha atrapado la enfermedad aquí —murmura, agitando su cuerpo—. ¡Y está perdido! ¡Él, tan guapo, tan fuerte, tan alegre!

—¿No ha...? —agrega el enfermo, pero se contiene sin terminar la frase, ante un gesto de ligera impaciencia que cree notar en el carcelero.

Entonces pregunta—: ¿Está quizás prohibido por el reglamento hablar?

—No, no; esta noche tiene derecho a hablar tanto como quiera.

—¿Esta noche...? ¡Ah, sí! ¡Es por ser la noche de San Silvestre, sin duda!

—Exactamente. Porque comienza un buen año nuevo para usted.

—Ese hombre sabe que mi hermano va a morir esta noche —gime David Holm en su impotencia—. Por eso está tan complaciente...

—¿No ha notado —prosigue el preso— que se ha verificado en mí un gran cambio después de aquella tentativa de evasión? De entonces acá le he dado muy poco que hacer.

—Ha sido sumiso como un cordero y no me ha dado motivo alguno de queja. Pero no por eso dejo de recomendarle lo dicho: ¡No vuelva a las andadas!

El enfermo sonríe.

—¿Y no se ha preguntado nunca a qué obedecería este cambio? Acaso lo ha atribuido al estado de mi salud, más delicado desde entonces.

—Sí, algo hemos creído de eso.

—No es eso todo, no. La razón es otra. Nunca he querido hablar de ello antes, pero ahora quisiera contarle.

—Tengo miedo de que hable demasiado, Holm —dice el carcelero, pero viendo obscurecerse el rostro del enfermo, agrega con suavidad—: No es que me canse de escucharle: es por su bien porque se lo digo.

—¿No le ha parecido raro que yo, por mi propia voluntad, haya venido a constituirme en prisionero, a pesar de todo?, ¿por qué cree que lo he hecho así?

—Hemos creído que debió de haber sufrido tanto, que prefirió volver.

—Verdad es, sí, que sufrí mucho los primeros días. ¡Pero es que estuve fuera tres semanas! ¿Creyeron que estaba vagando por la selva, durmiendo en ella durante todo este tiempo y en pleno invierno?

—Preciso será creerlo, puesto que usted lo dijo así.

El prisionero sonrió, divertido:

—Esas son cosas que se dicen a las autoridades para no comprometer a los que le han ayudado a uno. Es preciso. Cuando hay gentes que han tenido

valor para dar refugio a un evadido y ser buenas con él, no se debe hablar de ellas. ¿No piensa usted así?

—Me pregunta algo, Holm —dijo el guardián con la misma suavidad de antes—, a lo que yo no puedo responder.

El joven lanzó un suspiro de pena.

—¡Ay! ¡Si pudiera solamente aguardar hasta el día de mi libertad en que pueda volver al lado de ellos! Eran gentes que vivían en los lindes del bosque.

Se calla, jadeando, falto de aire. El guardián lo observa con inquietud y alarga la mano hacia una poción colocada sobre la mesilla de noche, pero el vaso está vacío.

—Es necesario que vaya a buscar más —dice, levantándose y abandonando la habitación.

Un instante después, el carretero se ha sentado en el sitio del guardián. Ha colocado su guadaña de modo que parezca oculta a los ojos del enfermo, y se ha despojado de su capuchón. David Holm no puede reprimir un gemido semejante al quejido de un niño, viendo al hombre aborrecible tan cerca de su hermano. Pero el hermano mismo no muestra ninguna inquietud. Turbado por la fiebre, no se da cuenta de la llegada del recién venido y cree estar hablando aún con el carcelero.

—Era una mísera cabaña —dice, jadeando a cada palabra.

—No os fatiguéis hablando —le murmura el carretero—. Las autoridades no ignoran ningún pormenor de esa historia, aunque jamás hayan hecho la menor alusión a ella.

El enfermo abre cuanto puede sus ojos, dilatados por el asombro.

—Sí —prosigue el carretero—; me mira con estupefacción, pero escúcheme y verá. Cree que no sabemos que, una tarde, un hombre se introdujo furtivamente en una casita, la última de un largo pueblecillo, en la que usted no pensaba encontrar a nadie. Había estado esperando en el confín del bosque a que saliese la casera; sabía que su marido estaba en el trabajo, y no había descubierto señal alguna de ser viviente. Se marchó a su vez la mujer con su pote de leche; se apoderó él de la llave que ella había ocultado, y entró.

—¿Pero cómo, cómo sabe eso? —exclamó el enfermo, haciendo un movimiento para erguirse.

—Quédese tranquilo, Holm —dijo el carretero con la mayor naturalidad —, y no tema nada por sus amigos. ¡No se es inhumano en la administración de las prisiones! Aun le contaré otra cosa que sabemos también. Cuando el hombre penetró en la única pieza de la casa, retrocedió asustado; pues no estaba vacía, como sospechaba: en el fondo, en un amplio lecho, un niño lo miraba. Se aproximó, pero el chiquillo cerró los ojos y los mantuvo obstinadamente cerrados, inmóvil, haciéndose el muerto.

»—¿Por qué estás acostado siendo de día? —preguntó el hombre—. ¿Estás enfermo...? No tengas miedo —prosiguió—. No te haré daño. Dime solamente dónde podré encontrar algo que comer y me iré en seguida.

»Como el niño continuase inmóvil, el hombre sacó una paja del jergón y se puso a hurgarle con ella la nariz. El niño estornudó. Se echó a reír el hombre. Al principio el niño lo miró con azoramiento, después rompió a reír, a su vez.

»—Quería hacerte creer que estaba muerto —dijo.

»—Ya lo he visto; pero ¿por qué razón?

»—Porque ya sabes que cuando se encuentra uno con un oso en el bosque, es menester arrojarse a tierra y hacerse el muerto —explicó el pequeño—. Entonces el oso se va a excavar un agujero para echarlo en él, y, mientras tanto, puede uno escapar.

»El hombre enrojeció súbitamente.

»—Así, tú creías que yo iba a hacer el agujero.

»—Es tonto creerlo; tanto más cuanto que yo no sería capaz de salvarme. Estoy enfermo de la cadera y no puedo andar.

El prisionero va de asombro en asombro.

—¿Acaso le cansa ya mi historia? —pregunta el carretero.

—¡Oh, no; no! —contesta el enfermo—. Deseo vivamente que me la recuerden toda entera. Pero no comprendo...

—Nada tiene de particular que yo lo sepa. Voy a decirle cómo la he conocido. Había un caminante llamado Jorge. ¿No ha oído hablar de él? Pues él oyó esta historia en uno de sus viajes y la contó a otros, y así ha rodado hasta llegar con nosotros a la prisión.

Reinó un breve silencio; después el enfermo preguntó con voz muy débil:

—¿Y qué ocurrió enseguida entre aquel hombre y aquel niño?

—Pues esto: El hombre pidió nuevamente cualquier cosa para comer.

»—¿No vienen por acá —preguntó—, algunas veces, pobres gentes que piden caridad?

»—Sí —respondió el niño.

»—Y tu madre ¿les da algo?

»—Sí, si tenemos algo, se lo damos.

»—Pues esto es lo que yo te suplico. Yo soy un pobre que tiene hambre. Dime dónde encontraré un mendrugo que roer, y sólo tomaré lo necesario para reanimarme.

»El niño le miró con aire desconfiado.

»—Mi madre ha pensado en ese fugado que, según dicen, se oculta en el bosque, y ha cerrado todas las alacenas.

»—Pero tú bien has visto dónde ha escondido las llaves, y me lo dirás. Si no, me veré obligado a forzar las puertas.

»—No te será fácil —replica el niño—. Tenemos buenas cerraduras en nuestros armarios y nuestras alacenas.

»El hombre da una vuelta alrededor de la habitación buscando las llaves. Revolvió los cajones de la mesa y miró debajo de la campana de la chimenea, pero sin encontrar nada. El niño le miraba hacer, sentado en su lecho. De pronto, tras una mirada a través de los vidrios de la ventana, exclamó:

»—¡Hay gente en la calle! ¡Vienen hacia acá...! ¡Es mi madre que llega con unos hombres! ...

»De un salto el evadido se coloca junto a la puerta.

»—Si sales, te van a descubrir —dice el niño—. Mejor es que te ocultes en nuestro armario.

»Vacila el hombre.

»—¡Pero si no tengo la llave!

»—¡La tengo yo! —exclama triunfante el chiquillo, y le muestra una gruesa llave en la mano.

»El evadido la tomó, corrió hacia el armario y lo abrió.

»—Tírame ahora la llave, y cierra por dentro.

»Obedeció el hombre y se ocultó.

»El corazón debía de saltársele al pobre evadido, que detrás de la puerta escuchaba a sus perseguidores.

»Oyó cómo abrían la casa, y una aguda voz de mujer que chillaba:

»—¿Hay alguien aquí?

»—Sí —respondió el niño—. Cuando te fuiste entró un hombre, sin llamar.

»—¡Señor, Dios mío! —gimió la voz—. Verdad es lo que me han dicho; que lo han visto salir del bosque y entrar aquí.

»El fugado masculló un juramento contra el niño que lo traicionaba. Estaba preso, como en una ratonera. Iba ya a abrir violentamente la puerta para tratar de huir aprovechando el estupor de la gente, cuando oyó otra voz que preguntaba dónde se había metido el hombre.

»—¿No ha robado nada?

»—No. Ha pedido algo que comer; pero yo no tenía nada que darle.

»—¿Y no te ha hecho daño? —repitió la voz, aún inquieta.

»—Me ha hecho cosquillas en la nariz con una paja.

»El evadido oyó la risa clara del niño.

»—¡Te ha hecho cosquillas! —chilló la madre, riendo también, como consolada ya.

»—No nos quedemos aquí mirando las paredes, ya que se ha marchado —dijo una voz de hombre.

»Y un ruido de pasos anunció al evadido que sus perseguidores se alejaban.

»—¿Se queda en casa, Lisa? —preguntó alguien.

»—Sí, no me atrevo a dejar solo al niño hoy —respondió la voz de la madre.

»El evadido oyó como cerraban la puerta exterior, y comprendió que la madre y el pequeño quedaban solos. No se atrevió a salir, sin embargo.

»“¿Qué va a ser de mí?”, se dijo.

»En ese momento oyó pasos que se aproximaban al armario.

»—No tenga miedo, buen hombre —dijo una voz de mujer— pero salga para que pueda hablarle.

»Una llave entró en la cerradura y una mano tiró de la puerta. El hombre salió avergonzado.

»—Ha sido él —dijo, indicando al niño— quien me ha dicho que me escondiese aquí.

»El pequeño rio tan excitado por aquella aventura extraordinaria, que se puso a aplaudir.

»—¡Ay, lo que es este...! —exclamó la madre con orgullo—. ¡Cuán astuto se nos vuelve a fuerza de permanecer siempre ahí, y de pensar y de reflexionar! ¡Bien pronto será más fuerte que todos nosotros!

»Comprende el prófugo que la madre no lo denunciará, ya que su hijo lo había tomado bajo su protección.

»—Verdaderamente —dice—, es muy astuto. Yo entré para ver si había algo de comer, pero ese mocoso no ha querido de ningún modo decirme dónde estaban las llaves. Es más intrépido que muchos que tienen expeditas sus dos piernas.

»La madre ve que quiere conquistarla con sus lisonjas; pero goza, también, escuchándolas.

»—Voy a darle de comer —le expresa.

»Mientras el evadido come, el chicuelo comienza a preguntarle pormenores de su evasión, y él le cuenta su historia de cabo a rabo sin ocultarle nada. No había sido cosa premeditada. Se presentó la ocasión un día en que trabajaba en el patio del presidio y en que, para dar paso a una carga de carbón, quedó la puerta entreabierta.

»No se cansaba el chiquillo de preguntar y de escuchar cómo el fugitivo había podido atravesar la ciudad y ganar el bosque. Dos o tres veces intentó despedirse el hombre, pero el niño lo retuvo.

»—Casi es mejor que se quede aquí esta noche para hablar con Bernardo —dijo, por fin, la madre—. Seguramente hay todavía por ahí mucha gente que le busca.

»Aún estaba allí el evadido cuando llegó el padre. Estaba oscuro ya, y el recién llegado creyó que era uno de los vecinos que charlaba con el niño.

»—¿Eres tú, Pedro, que cuentas cuentos a Bernardo? —preguntó.

»La risa del chiquillo estalló de nuevo.

»—No, padre; no es Pedro; es algo mejor que todo eso. Ven, que te lo diré.

»El padre se acerca al lecho, pero tiene que colocar su oído a la boca del muchacho, antes de que este se decida a hablar.

»—Es el prisionero evadido —cuchichea.

»—¡Vaya, Bernardo; no digas tonterías!

»—Es la verdad —repite el niño—; y me ha contado cómo logró evadirse y cómo ha pasado tres noches en el bosque, en una choza abandonada por los carboneros. Lo sé todo.

»La mujer se había apresurado a traer una lámpara, y el dueño de la casa vio al hombre, que se había aproximado a la puerta.

»—¿Qué historia es esta? —preguntó.

»El niño y su madre se pusieron a hablar al mismo tiempo, igualmente animados. El campesino era un hombre entrado en años ya, de aspecto inteligente y razonable. Examinó con detenimiento al evadido mientras los suyos hablaban.

»—Tiene aspecto de enfermo, casi de moribundo —se dijo—. Si pasa una noche más en la choza, con este frío, está perdido».

»—Muchos hay que andan por las calles sin que se los busque, que son más peligrosos que usted —manifestó, cuando la madre y el niño callaron.

»—Yo no soy peligroso —contestó el fugitivo—. Un hombre me insultó y me desafió un día que estaba yo bebido...

»Pero el campesino evitó que siguiese hablando del pequeño, y le interrumpió:

»—Sí, ya supongo que fue así como sucedió el caso.

»Hubo un silencio. El campesino reflexionó mientras los otros lo miraban con ansiedad. Nadie osaba alzar la voz. Por fin, volviéndose hacia su mujer, habló:

»—Yo no sé si hago bien o mal; pero tanto por ti como por mí, toda vez que el niño se ha hecho cargo de él, no debemos perjudicarlo.

»Se decidió que el fugitivo pasase allí la noche y se fuese en la madrugada del día siguiente. Pero, por la mañana, tenía el pobre tan intensa fiebre, que apenas podían sostenerlo las piernas. Hubo, pues, que atenderlo. Durante dos semanas continuó en la cabaña».

Los dos hermanos escuchan con el mayor interés esta historia y cuando el carretero llega al pasaje en que el evadido enfermo es atendido en casa del campesino, el moribundo se recuesta apacible, dulcemente en su lecho. Sus dolores parecen haberlo abandonado; revive un pasado venturoso. El otro hermano, receloso aún, sospecha una segunda intención en todo este relato. Tras algunos esfuerzos realiza varias tentativas para llamar la atención del moribundo, que reposa tan tranquilo.

—La pobre gente de la cabaña no se atrevió a llamar al médico — prosigue el carretero— ni a ir a la farmacia a buscar algún remedio. El enfermo tuvo que pasarse sin ellos. Si alguien se acercaba, el pequeño avisaba a su madre, que se colocaba en la puerta y le prevenía que Bernardo tenía una extraña erupción por todo el cuerpo, que tal vez fuera la escarlatina.

»No podía permitir la entrada a nadie.

»Después de dos semanas, el fugitivo comenzó a sentirse mejor. No quiso continuar siendo una preocupación para aquella buena gente. Les dio las gracias y se dispuso a partir.

»El campesino y su mujer lo interrogaron aún sobre algo que, al principio, le pareció desagradable. Fue Bernardo quien le preguntó una tarde qué era lo que pensaba hacer.

»—Volverme al bosque, supongo —contestó.

»—¿Sabe cuál es mi idea? —dijo la campesina. ¿A qué conduce recorrer los bosques desiertos? Yo, en su lugar, me decidiría a ponerme a bien con la justicia. ¿Qué satisfacción podría hallar huyendo por el bosque como una fiera perseguida?

»—No es muy grato estar encarcelado.

»—No, verdaderamente; pero desde el momento en que tarde o temprano hay que pasar por ello, yo preferiría terminar en forma rápida.

»—No me faltaba ya mucho tiempo para cumplir cuando me fugué. Ahora me encerrarán mucho más tiempo, según creo.

»—Es probable. Mal negocio ha sido el de su evasión.

»—No —respondió vivamente el prófugo—. No. Jamás he realizado acto alguno del que tenga que arrepentirme menos que de este.

»Y al decir esto, miró al niño, sonriendo.

»El pequeño Bernardo le sonrió a su vez. Él amaba a aquel niño. Hubiera querido llevárselo. El padre, que estaba sentado junto al fuego, observó el cambio de sonrisas y se mezcló en la conversación:

»—Probablemente no volverá a ver a Bernardo si vaga toda la vida como un pobre fugitivo.

»—Menos lo veré si me dejo encerrar.

»—Nosotros nos acostumbramos a su trato. Le extrañaremos —replicó el campesino con su acento lento y reflexivo—. Pero no podemos ocultarle por mucho tiempo, a causa de los vecinos. Otra cosa sería si estuviese ya libre.

»El evadido concibió una sospecha: acaso aquella gente lo inducía a entregarse, para liberarse de las molestias que tenían.

»—Estoy ya lo bastante repuesto como para poder marcharme mañana mismo.

»—No es para obligarle a partir por lo que le digo esto; pero si hubiese sido libre, le habría ofrecido quedarse con nosotros para ayudarme en la granja.

»El evadido, que no ignoraba las dificultades con que tropieza un ex presidiario para hallar colocación, se conmovió ante aquella oferta. Le repugnaba, sin embargo, volver a la prisión, y permaneció silencioso.

»Aquella tarde el niño estaba peor que de costumbre.

»—¿No debería enviarlo al hospital? —preguntó el presidiario.

»—Ya ha estado en él varias veces; pero dicen que lo único que puede curarlo son los baños de mar. ¿Cómo podríamos soportar ese gasto?

»—Hay que hacer un largo viaje, ¿no? —inquirió el fugitivo.

»—No es sólo el viaje, sino la falta de dinero para pagar el alojamiento y la alimentación.

—Evidentemente, es imposible... comentó el hombre.

»Quedó un momento silencioso, batallando con sus pensamientos, que giraban todos en torno a este problema: cómo procurarse dinero para enviar al niño a tomar los baños de mar.

»De pronto se dirigió al campesino, reanudando la conversación que se había interrumpido.

»—¿No tendría temor de tomar un forzado a su servicio? —preguntó lentamente.

»—Estoy seguro de que por mí, todo iría bien; a menos que no fuese usted uno de esos hombres que no pueden vivir más que en la ciudad.

»—No pienso yo jamás en la ciudad cuando estoy encerrado en mi celda —respondió el evadido—. Sólo pienso en los campos verdes y en el florido bosque.

»—Cuando haya llegado al término de su condena, se sentirá libre de muchas cosas que ahora le preocupan.

»—Eso mismo es lo que le he dicho yo —intervino la mujer, y luego, dirigiéndose al niño—: ¿Quieres cantarnos algo hoy, Bernardo? ¿Estás cansadito?

»—No, no.

»—Es que se me figura que darías gusto a nuestro amigo.

»El evadido se hallaba inquieto, como ante la presencia de una desgracia. Hubiera querido rogar al pequeño que no hiciese nada, pero este había ya comenzado a entonar una canción. Tenía una vocecita clara y dulce, y, oyéndolo cantar, no podía evitar el pensamiento de que también él era un prisionero de la vida que clamaba por su libertad.

»Ocultó el forzado la cara entre las manos y las lágrimas resbalaron por sus dedos.

»“Es preciso que yo, que no puedo ser ya nada en esta vida, haga algo por este niño”, se dijo.

»A la mañana siguiente se despidió de aquella gente de bien, y partió. Nadie le preguntó adónde iba. Se contentaron todos con deseárle un feliz regreso».

—¡Sí, es verdad! —exclamó de pronto el moribundo interrumpiendo el relato del carretero—. Sí: todos me dijeron: «¡Feliz regreso!». ¡Es la cosa más hermosa que recuerdo de toda mi vida!

Se calló y algunas lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas. Después añadió:

—Me alegro de que sepa esto. De aquí en adelante podré hablar con usted acerca de Bernardo... Mientras usted hablaba, me parecía haber

recobrado la libertad... He creído hallarme cerca de él... ¿Quién me hubiera dicho que iba a pasar una noche tan dichosa?

El carretero se inclina más y más sobre el enfermo.

—¡Escúcheme, Holm! —le dice—. Si yo arreglase las cosas de forma que pudiese ir enseguida a encontrar a sus amigos, pero de un modo distinto del que piensa, ¿qué le parecería? Si yo le ofreciese el medio de verse libre de la espera de tantos años y le concediese la libertad esta misma noche, ¿aceptaría?

Diciendo estas palabras, el carretero se ha calado su capuchón y ha empuñado su guadaña. El enfermo lo mira con dilatados ojos que poco a poco se llenan de nostalgia.

—¿Comprende lo que quiero decirle? —pregunta el carretero—. ¿Se da cuenta de que yo soy el que abre todas las prisiones; que yo soy el que puede proporcionarle una evasión en la cual no podrán hallarle jamás los que le persiguen?

—Comprendo lo que quiere decir —murmura el prisionero—. Pero esto ¿no redundará en daño para Bernardo? Ya sabe que yo he vuelto aquí para verme libre algún día, honradamente, y poder ayudarle.

—Has realizado el mayor sacrificio que podías hacer, y en recompensa de esta buena acción se ha abreviado tu pena, y la gran libertad, la que no podrá ser coartada, te será concedida. No te preocunes por él.

—Pero yo le habría llevado al mar —objeta el enfermo—. Al separarnos, deslicé en su oído la promesa de volver a buscarlo algún día. Es deber nuestro cumplir la promesa empeñada a un niño.

—Así, pues, ¿no aceptas la libertad que te ofrezco? —dice el carretero, levantándose.

—¡Ah, no te vayas! —clama el moribundo, asiendo al carretero por el capuchón—. ¡No sabes cuánto la deseas! ¡Si hubiera al menos quien pudiese ayudar a aquel niño! ¡Pero no hay nadie más que yo...!

Levanta la vista y de pronto lanza un grito de júbilo:

—¡David...! ¡Mi hermano David, que está allá sentado! ¡Así, todo irá bien! Yo le rogaré que se encargue de Bernardo...

—¡Tu hermano David! —exclama el carretero con acento de menosprecio—. No es a él a quien hay que pedir que proteja a un niño. ¡Tú

no sabes cómo cuida él a los suyos!

Se interrumpe, pues David Holm se ha instalado ya al otro lado del lecho y se inclina sobre su hermano, ansioso de auxiliarlo.

—¡David! —dice el agonizante—. Ya veo ante mí verdes campos y la mar libre. Ya te formarás idea... ¡He estado encerrado tanto tiempo...! No puedo resistir a la tentación, ya que se me ofrece la ocasión de lanzarme a la libertad, sin cuidarme de nadie. Pero queda este niño... Ya sabes lo que le he prometido...

—¡No te preocunes! —le consuela David con temblorosa voz—. Yo te prometo ayudar a mi vez a ese niño y a esas gentes que te socorrieron. ¡Vete hacia la libertad! ¡Ve en paz! Yo me encargo de ello... ¡Sal tranquilamente de tu prisión!

Y al conjuro de estas frases se desploma sobre su almohada el moribundo.

—¡Has pronunciado las palabras de la muerte, David! —dice el carretero—. Ven. Para nosotros es hora de partir. El alma liberada no debe encontrar a los que sufren aún la esclavitud de las tinieblas.

IX

«Si hubiese modo de hacerse oír en medio de este terrible rechinar y crujir, hubiera deseado dar gracias a Jorge por haber auxiliado a sor Edit y a mi hermano en esta hora, la más difícil de todas —pensaba David Holm—. Verdad es que yo no accederé a su deseo de hacerme ocupar su sitio, pero ya le demostraré muy de buen grado que comprendo la ayuda que ha prestado a estos dos».

No bien habían cruzado por su cerebro estas ideas, cuando el carretero tiró de las riendas y detuvo su caballo cual si las hubiese oído.

—Yo no soy más que un mísero carretero —dijo—. Alguna vez tengo la suerte de poder auxiliar a alguien; pero las más de ellas, fracaso. ¡Ha sido cosa fácil hacer franquear el umbral a esos dos, porque el uno sentía la nostalgia del cielo, y el otro tenía tan pocas aficiones aquí en la tierra! ¿Sabes —continuó, adoptando su antiguo tono de camaradería— que muchas veces, sentado en mi carreta, escuchando el bullicio del mundo, he deseado enviar un mensaje a los hombres?

—Lo comprendo —respondió David Holm.

—Tú sabes, David, que es un placer ser segador cuando ondulan en los campos los trigos maduros. Pero si se obligase a cualquiera a segar pobres espigas que aún no han madurado, sería una necesidad repugnante. El amo a quien sirvo se considera muy por encima de este trabajo ingrato y cruel, y me lo encomienda a mí, pobre carretero.

—Ya he comprendido que debía ser así —comentó David Holm.

—Si los hombres supieran tan sólo que se les está ayudando a franquear el umbral cuando han terminado su trabajo y cumplido sus deberes, con lo que sus ligaduras están ya medio desatadas; y, por otra parte qué trabajo tan

duro es el de libertar a los que no han acabado aún nada, ni cumplido su obligación, dejando tras sí a cuantos aman, se esforzarían en hacer menos penoso el trabajo del carretero.

—¿Qué quieres decir con eso, Jorge?

—Piensa una cosa, David. Durante todo el tiempo que has estado conmigo sólo has oído hablar de una clase de enfermedad, y aun creo que lo mismo me ha sucedido a mí durante todo este año. Y es porque este mal se fija precisamente en el trigo verde, el trigo que yo estoy condenado a segar. Durante los primeros tiempos que yo conducía esta carreta, me decía a menudo: «Si se llegase a dominar esta enfermedad, mi condena se aligeraría».

—¿Y era este el mensaje que querías enviar tú a los hombres?

—No, David. Los hombres son capaces de mucho. Llegará sin duda un día en que este enemigo será por ellos vencido con las armas de la ciencia y de la perseverancia. No era esto.

—Pues ¿cómo pueden hacer menos pesado el trabajo del carretero?

—Pronto será la mañana del primer día del año, David, y al despertarse, el primer pensamiento de los hombres será para el Año Nuevo. Repasarán en su mente cuanto esperan y cuanto desean de este nuevo año, pues pensarán en lo por venir. Entonces quisiera yo poder aconsejarles que no pidiesen ni la ventura, ni el amor, ni el éxito, ni la riqueza, ni la vida larga, ni aun la salud. No, sino únicamente que juntasen sus manos y concentraran sus pensamientos en un sola plegaria: «¡Señor, Dios mío, haced que mi alma llegue a su madurez antes de ser segada!».

X

Dos mujeres están enfrascadas en una conversación que ha durado ya dos horas. Ha sido interrumpida un momento, después de comer, pues han tenido que acudir a una reunión del Ejército de Salvación, y ha sido reanudada y continúa aún en plena noche. Una de las mujeres se esfuerza en comunicar valor y confianza a la otra, pero no parece obtener el apetecido éxito.

—Yo creo, señora Holm, por extraño que esto le parezca, que de ahora en adelante usted sufrirá menos. Me parece que él le ha jugado ya la peor pasada. Este último golpe era la venganza con que ha venido amenazándola desde que lo abandonó. Pero bien comprende usted, señora Holm, que una cosa es mostrarse duro y negarse a dejar partir a sus hijos, y otra, muy distinta, alimentar intenciones de muerte y ejecutarlas. Yo no creo a nadie capaz de eso.

—Quiere usted consolarme, lo comprendo: y le quedo agradecidísima —dice la mujer.

Pero por el tono con que pronuncia estas palabras se comprende que, si la salutista no cree a nadie capaz de semejante acción, esta pobre mujer conoce a alguien que lo sería.

La salutista parece haber agotado ya todos sus argumentos, pero, tras un momento de silencio, se decide, a pesar de todo, a intentar una posterior tentativa.

—Debe observar una cosa, señora Holm. Yo no sé si al dejar a su marido hace algunos años, ha cometido un gran pecado; pero sí que ha descuidado un gran deber. Lo ha dejado desamparado, y muy pronto se palparán las consecuencias. Este año ha sido un año de expiación, y la obra

que usted ha comenzado con el auxilio de sor Edit, es una buena obra que dará buenos frutos.

Cuando la salutista pronuncia estas últimas palabras, no está ya sola con la mujer de David Holm. Este y su camarada Jorge, o, mejor, sus espectros, han entrado en la habitación y se han detenido junto a la puerta. David Holm no está ya maniatado, no lleva ya sus recias ligaduras; sigue de buen grado al carretero; pero esta vez se da cuenta del sitio adonde lo lleva Jorge, y siente aún resabios de rebeldía. Aquí no tiene nada que hacer la muerte. ¿Por qué, entonces, obligarlo a volver a ver a aquella mujer y aquel hogar?

A punto está ya de dirigir a Jorge una airada pregunta, cuando este le hace señas para que permanezca tranquilo.

La mujer de David Holm, un poco reanimada por las palabras de la salutista y por la ardiente convicción de esta, levanta la cabeza.

—¡Ay! —suspira—. ¡Si yo me atreviese a creer que eso era verdad!

—Verdad es —asegura la salutista con una sonrisa—. Mañana habrá un cambio completo. Ya verá, señora Holm, cómo el Año Nuevo le traerá la felicidad.

—¿El nuevo año...? —dice la mujer—. Sí, esta noche es la noche de San Silvestre. Casi lo había olvidado ya. ¿Qué hora debe de ser, capitana Andersson?

—Estamos ya en el nuevo año —responde la salutista mirando su reloj
—. Son las dos menos cuarto.

—Entonces, capitana, usted va a retirarse a descansar. Yo estoy tranquila ahora.

La capitana del Ejército de Salvación lanza sobre ella una escrutadora mirada.

—Es que no me fío mucho de esa calma —replica.

—Sí, sí; puede estar tranquila. Ya sé que he dicho cosas abominables esta noche; pero ya se ha terminado; ahora soy del todo discreta.

—¿Y cree, señora Holm, que puede dejarlo todo en manos de Dios y tener confianza en que Él lo arreglará todo como más convenga?

—Sí —responde la pobre mujer—, sí; lo creo.

—De buena gana me quedaría aquí, a su lado, hasta que fuese de día; pero si prefiere que me vaya...

—Muy grato es verla junto a mí, capitana, pero él volverá pronto, y más vale que esté sola.

Ambas salen de la pieza, después de haber cambiado aún algunas palabras.

La mujer joven acompaña a la salutista para abrir la puerta de la calle y regresa pronto.

Se ve que piensa mantener su promesa y acostarse. Se sienta en una silla, y se inclina, comenzando a desabrochar las correas de sus zapatos.

De pronto, mientras está aún inclinada hacia delante, la puerta de abajo es violentamente cerrada. De un golpe se pone de pie y presta atención.

«—¿Viene? —se dice—. ¡Sin duda es él!».

Se precipita a la ventana y trata de ver en el patio oscuro. Durante dos o tres minutos continúa aún al acecho. Cuando, por fin, se retira de la ventana, su rostro está extrañamente cambiado. Está gris. Los ojos, las mejillas, los labios, todo está como cubierto de ceniza. Sus movimientos son lánguidos e inseguros, y un débil temblor agita sus labios.

—¡No puedo más; no puedo más, Dios mío! —murmura—. Es menester creer en Dios...

Y se detiene en medio de la estancia.

—Todos me dicen —continúa— que es preciso creer en Dios. Se figuran que no le he suplicado, que no le he llamado, que no he rezado... ¿Qué hacer? ¿Cómo me las compondré para que me escuche?

No llora; pero su palabra es un gemido. Indudablemente se halla bajo el influjo de una desesperación tal, que no es responsable de sus actos.

David Holm se inclina hacia delante, le dirige una penetrante mirada, y tiembla ante una repentina idea.

La mujer atraviesa la estancia. No se va; se arrastra hacia los jergones colocados en un rincón de la habitación, sobre los cuales duermen sus hijos.

—¡Es una lástima! —dice, inclinándose sobre ellos—. ¡Son tan hermosos!

Se sienta en tierra, junto a ellos, y los contempla largamente, uno tras otro.

—¡Pero yo no puedo vivir! —continúa—. ¡Y no puedo dejarlos solos, detrás de mí!

Con un gesto siniestro, desacostumbrado, pasa la mano sobre sus cabezas:

—No es que lo quiera yo, hijitos míos... No es culpa mía... No puedo obrar de otra manera...

Mientras yace sentada aún al lado de sus hijos, oye de nuevo abrir y cerrar la puerta de la calle. Tiembla y queda inmóvil hasta que logra persuadirse de que no es su marido quien llega. Entonces bruscamente se pone en pie.

—Es preciso terminar —dice dirigiéndose a los niños, con un cuchicheo misterioso—. Puesto que él no viene a importunarme, lo arreglaré pronto.

Sin embargo, no hace nada. Va y viene presa de enorme agitación.

—Algo me dice que espere hasta mañana —agrega—; pero ¿a qué diferir lo que ha de cumplirse? Mañana será un día como los demás. ¿Por qué ha de ser mañana mejor que hoy para mí y para mis hijos?

David Holm piensa en el muerto que yace sobre el jardín de la iglesia y que pronto será enterrado como una cosa inútil. Desearía que su mujer supiera que nada tiene ya que temer de él.

De nuevo se oye ruido. Esta vez es una puerta de la casa que se abre y se cierra, y otra vez tiembla y se estremece la mujer abstraída por la acción que medita. Arrástrase tiritando hasta el fogón y comienza a doblar ramas secas para encender fuego.

—No importa que me sorprenda en esta operación —se responde a sí misma—. Muy bien puedo preparar una taza de café en la mañana de Año Nuevo, para mantenerme despierta hasta que él regrese.

David Holm se siente consolado oyendo estas palabras. Aún se pregunta por qué lo ha llevado allí Jorge. Nadie está en su casa en peligro de muerte. Nadie está enfermo.

«Se conoce que quiere que yo vea a los míos por última vez. Jamás estaré quizás tan cerca de ellos. Por otra parte, no tengo ningún temor».

Le parece que en aquel momento no existe en su corazón lugar más que para un solo ser; se acerca al rincón donde duermen sus hijos. Mientras los contempla piensa en el niño aquel a quien su hermano ha amado tanto, hasta el punto de convertirse de nuevo en prisionero por complacerlo, y experimenta el dolor de no poder amar él a sus hijos de un modo semejante.

«¡Que sean felices y cumplan su misión en este mundo! —suspira en un súbito arranque de enternecimiento—. Mañana serán dichosos al despertarse, sabiendo que ya no tienen necesidad de temerme. ¿Qué clase de hombres llegarán a ser algún día?», se pregunta con interés mayor del que jamás ha sentido hacia ellos. Al propio tiempo experimenta el súbito temor de que puedan parecersele. «Pues yo he sido un mal hombre —se dice—. Yo no sé, no comprendo cómo no he tenido jamás cuidado de ellos. Si se pudiese volver a comenzar, trataría de hacer algo por ellos».

Y continúa aún, durante un momento, inmóvil, buceando en su corazón.

«Lo extraño es —prosigue— que no siento ya odio hacia mi mujer. Quisiera verla feliz y tranquila, después de lo tanto que ha sufrido. Me apena no haber podido desempeñar sus muebles del Monte de Piedad y no verla bien ataviada, con un buen vestido para ir a la iglesia el domingo. Por lo demás, ahora será feliz, ya que no he de volver yo. Acaso Jorge me ha traído acá para que esté yo contento por haber partido».

De pronto se sobresalta. Tan absorto ha estado en sus pensamientos, que no se ha fijado en los trajines de su mujer. Pero en ese mismo momento ella acaba de lanzar un grito de angustia:

—¡Ya hiere...! ¡Ya hiere el agua! Pronto quedará esto disuelto. Ahora es ya preciso hacerlo. No es ya tiempo de retroceder.

Toma un pote colocado sobre el vasar de la chimenea y vierte café molido en un tazón. Después extrae de su seno un paquetito que contiene un polvo blanco, y lo mezcla con el café.

David Holm la mira fijamente. No quiere comprender el significado de todo aquello.

—¡Ya ves, David, que con esto basta! —dice la mujer, volviendo el rostro hacia la habitación, como si lo viese a él—. Con esto basta para los niños y para mí. No puedo soportar el tormento de verlos perecer. Si tardas en llegar sólo una hora más, cuando vuelvas, todo se habrá terminado ya, según tu deseo.

David Holm se ha puesto, de un salto, junto al carretero.

—¡Jorge! —dice—. ¡Señor, Dios mío...! ¡Jorge...! ¿No oyes?

—Sí, David —responde este—. Veo y oigo. A pesar mío, es preciso que presencie esto. Es mi deber.

—¡Pero tú no comprendes lo que ves! No es solamente ella; son los niños. ¡Quiere llevárselos consigo a la muerte!

—Sí; quiere llevarse a los niños.

—Pero eso no puede ser... ¡Eso no debe hacerse! ¡Jorge, Jorge...! ¿Tú no sabes que es inútil eso? ¿No puedes hacerle comprender que eso es inútil?

—No puede oírme. Está demasiado lejos.

—¡Que venga alguien, entonces! ¡Que alguien le diga que eso es inútil, Jorge!

—Me pides un imposible, David. ¿Qué poder tengo yo, sobre los vivos?

Pero David Holm no se entrega. Se pone de hinojos ante el carretero:

—Acuérdate de que has sido mi camarada y mi amigo de antes. ¡No permitas que eso tan monstruoso se realice! ¡No dejes morir a esos inocentes!

Alza sus ojos suplicantes hacia Jorge, pero este mueve la cabeza, con desaliento.

—Haré cuanto quieras, Jorge. Me he negado, cuando me has ordenado reemplazarte como carretero; pero yo, voluntariamente, aceptaré tu plaza si me ayudas esta vez. ¿No ves que son pequeños los dos y que yo desearía precisamente vivir ahora para educarlos y hacer de ellos dos hombres de bien? Y, en cuanto a ella, bien ves que no está en su juicio. No sabe lo que hace. ¡Piedad para ella, Jorge!

Como el carretero continúa siempre inmóvil e inflexible, David se lamenta:

—¡Estoy solo; tan solo! —gime—. No sé a quién dirigirme. ¿Es menester suplicar a Dios Padre o a Cristo? ¡Yo soy un recién llegado a este mundo! ¿Quién es el dueño del poder? ¿A quién debo implorar? ¡Pobre pecador: yo imploro a Aquel que es Señor de la vida y de la muerte! No soy yo un hombre que tenga derecho a presentarse. He pecado contra todos los mandamientos y todas las leyes, creo yo. ¡Déjame ir a las profundas tinieblas! ¡Aniquílame! ¡Haz de mí cuanto quieras, pero salva a estos tres seres!

Calla, como esperando una respuesta; pero sólo oye la voz de su mujer, que murmura:

—Ya está disuelto. Ahora sólo falta esperar un momento, para que se enfríe.

Entonces Jorge se inclina hacia David. Se ha despojado de su capuchón y su rostro se ilumina con una clara sonrisa.

—David —dice—, si eres sincero, hay, acaso, un medio de salvarlos. Es necesario que tú mismo hagas comprender a tu mujer que no debe ya temerte.

—¿Pero puedo yo hacerme entender por ella?

—No en tu forma actual. Para ello es preciso reintegrarte al David Holm que yace sobre el jardín de la iglesia. ¿Tienes valor para ello?

David se estremece de disgusto. La vida humana se presenta a su espíritu como algo asfixiante. La sana evolución de su alma, ¿no se detendrá si vuelve a ser hombre? Todo cuanto espera de ventura, lo espera en otro mundo... y, sin embargo, no vacila:

—Si puedo, sí... Pero creo que debería...

—Sí —interrumpe Jorge, y su rostro se inunda más y más de luminosidad—. Tú deberías ser este año el carretero de la Muerte. Estás condenado a ello, a menos que haya otro que se preste a reemplazarte.

—¿Otro? —dice David Holm—. ¿Quién aceptará ese sacrificio por un miserable como yo?

—David —declara Jorge—: Existe un hombre perseguido por los remordimientos de haberte apartado del buen camino. Ese hombre se encargará de reemplazarte, pues se consideraría dichoso librándote de tal pesar.

Y sin dar a David tiempo ni para comprender el alcance de estas palabras, se inclina hacia él y lo mira con ojos que brillan esplendorosos.

—¡Viejo amigo, David Holm! —le dice—. Obra como mejor puedas. Yo permaneceré aquí hasta que estés de regreso. No dispones de mucho tiempo.

—Pero tú, Jorge.

El carretero le interrumpe con el imperioso ademán a que está ya acostumbrado a obedecer. Vuelve a calarse el capuchón y clama con voz sonora y penetrante:

—¡Prisionero...! ¡Vuelve a entrar en tu prisión!

David Holm se apoyó en el codo y miró en torno. Los faroles estaban apagados, pero el cielo se iluminaba con el resplandor de la media luna brillante. No tuvo dificultad alguna para reconocer que estaba tendido aún en el jardincillo de la iglesia, sobre el césped marchito, encima del cual extendían los tilos sus ramas desnudas.

Hizo un esfuerzo para levantarse. Sentíase infinitamente débil; su cuerpo estaba agarrotado por el frío y la cabeza le daba vueltas; pero se dispuso, sin embargo, a ponerse en pie. Dio algunos pasos vacilantes por entre los árboles, y se apoyó en uno de ellos.

«No tendré fuerzas para regresar —se dijo—. No llegaré a tiempo».

Ni por un instante dudó que fuese imaginario su viaje con Jorge. Conservaba, por el contrario, una impresión muy clara y muy nítida de los acontecimientos de la noche pasada.

«Tengo en mi casa al carretero de la Muerte —pensó—. Es preciso que me apresure».

Dejó el apoyo del árbol, dio algunos pasos hacia adelante, y se dobló sobre sus rodillas.

Pero en ese momento de abandono y de desesperanza, algo le rozó la frente. ¿Era ello una mano, o dos labios, o el borde de una diáfana vestidura? Fuese ello lo que fuese, bastó para inundar su corazón de felicidad.

—¡Es ella! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Es ella, que ha venido junto a mí! ¡Está cerca de mí! ¡Cerca de mí! ¡Ella me protege!

Y tendió sus brazos, colmado de ventura. El amor de sor Edit lo envolvió; aquel amor henchía su corazón de dulzura, aun ahora, que se había reintegrado a la vida terrestre.

De pronto oyó pasos en la noche solitaria: Una mujercita, con la cabeza tocada con el ancho sombrero de las salutistas, se aproximaba a él.

—¡Sor María! —llamó David Holm—. ¡Sor María, auxílieme!

La salutista debió de reconocer la voz, pues se estremeció; volvió el rostro, y prosiguió su camino.

—No estoy borracho, sor María; estoy enfermo. Ayúdeme a volver a mi casa.

No debió de dar mucho crédito la salutista a lo que decía David Holm, pero sin pronunciar palabra se fue hacia él, le ayudó a levantarse y lo sostuvo al andar.

¡Por fin, estaba ya camino de su casa! Pero, ¡ay, con cuánto lentitud! ¡Quizás estuviese ya todo terminado antes de que llegase a ella!

Se detuvo.

—Sor, María —dijo—: Me haría un enorme favor si quisiera adelantarse para decir a mi mujer...

—Que vuelve borracho, como de costumbre, ¿eh?, ¡para qué!

Mordióse el hombre los labios y se echó a andar llamando a sí todas sus fuerzas para dar el paso; pero su cuerpo, entorpecido por el frío, se negaba a obedecerle.

Por segunda vez intentó persuadir a sor María:

—Mientras he estado tendido allá, he soñado —dijo—. He visto morir a sor Edit; la he visto a usted, sor María, junto a su lecho de muerte. He visto también a los míos, a mi mujer, a mis hijos. Ella está fuera de juicio... Le aseguro, sor María, que si no acude presto, hará cualquier desatino...

Brotaban de su boca las palabras, cortadas, mal articuladas. La salutista no les prestó la menor atención.

Tenía por costumbre no escuchar a los beodos.

Pero le auxilió lealmente. Comprendía que era un gran sacrificio y una gran repugnancia prestar su apoyo a quien debía considerar como el causante de la muerte de sor Edit.

Mientras David Holm avanzaba así, vacilando, una nueva congoja lo oprimía.

Si no podía hacer que sor María diese crédito a sus palabras, ¿cómo, al llegar a su casa, podría creer en su sinceridad su mujer, tan desconfiada?

Se detuvieron, por fin, ante la puerta de la casa de David Holm, y la salutista le ayudó a abrir.

—Ahora ya puede arreglarse solo —dijo esta, disponiéndose a dejarlo.

—Sor María, usted sería bondadosa en extremo si llamase a mi mujer para que me ayude a subir las escaleras.

La salutista se encogió de hombros.

—Otra noche cualquiera, David Holm le hubiera podido servir, desde luego, pero ahora no puedo hacerlo. Es bastante por hoy.

Su voz expiró convertida en un sollozo, y desapareció.

Al subir trabajosamente la empinada escalera, le parecía a David Holm que iba a llegar demasiado tarde. ¿Cómo, cómo persuadir a su mujer de que debía tener confianza en él...? A punto estuvo de sucumbir al desaliento y a la fatiga, pero nuevamente rozó su frente la ligera caricia.

—¡Está ella cerca de mí! —se dijo—. ¡Ella vela por mí!

Y tuvo fuerzas para llegar hasta el postre peldaño.

Cuando abrió la puerta, se encontró cara a cara con su mujer, dispuesta, según creyó él, a pasar el cerrojo. Viendo ella que no tenía ya tiempo para hacerlo, retrocedió y se colocó de espaldas al fogón, como para ocultarlo. Conservaba aún la misma expresión que tenía cuando David Holm se separó de ella, y esto le hizo musitar:

—Llego a tiempo... Aún no ha hecho nada.

Con una rápida mirada se convenció de que los niños dormían todavía.

Extendió la mano hacia el sitio en que había dejado a Jorge, y creyó sentir que otra mano estrechaba la suya.

—¡Gracias! —murmuró apagadamente. Temblaba su voz, y una niebla turbó sus ojos.

Dio algunos pasos, tambaleándose, y se desplomó sobre una silla. Su mujer espiaba sus movimientos, como al acecho de una bestia feroz que se hubiese escapado de su jaula.

«¡También ella; también cree que estoy bebido!», pensó David.

Un profundo abatimiento cayó sobre él. Estaba infinitamente cansado, con un deseo grande de reposo. En la pequeña alcoba vecina había una cama. Hubiera querido tenderse en ella y dormir, pero no se atrevía a alejarse de allí un solo instante. Su mujer pondría en obra lo que había proyectado en cuanto volviese él la espalda. No había más remedio que combatir aquella terrible languidez, y vigilaba.

—¡Sor Edit ha muerto! —suspiró—. He estado en su casa. Le he prometido ser bueno para ti y para los niños. Mañana podrás enviarlos al asilo.

—¿Por qué mientes? —preguntó la mujer—. Gustavsson vino aquí a anunciar a la capitana que sor Edit había muerto. Y añadió expresamente que tú no habías ido por allá.

David Holm se abatió sobre la silla y, ante su propio asombro, prorrumpió en sollozos. Lo que provocaba sus lágrimas era la inutilidad de su vuelta a este mundo de los pensamientos premiosos y de los ojos cerrados. Era la convicción descorazonadora de que no saldría jamás del círculo en que sus propias acciones lo habían colocado. Era el deseo nostálgico e ilimitado de reunirse a aquella alma que sentía flotar en torno de él, tan próxima y, a pesar de ello, intangible.

Mientras los sollozos sacudían su corpachón, oyó de pronto la voz de su mujer, que decía con acento indescriptible de sorpresa:

—¡Llora...!

Después de un momento, repitió aún:

—¡Llora...!

Separóse del fogón y se aproximó a David con cierta precaución.

—¿Lloras? —le preguntó.

Él levantó hacia su mujer su rostro bañado en lágrimas.

—Seré otro hombre —contestó apretando los dientes—. Quiero convertirme en un hombre honrado; ¡pero nadie me cree! ¿No tengo motivo para llorar?

—Ya ves, David —respondió su mujer con cierta vacilación—. ¡Es tan difícil creerte...! Pero yo te creo, sin embargo, porque veo que lloras...

Como para demostrarle que creía en él, sentóse a sus pies, apoyando la cabeza en las rodillas de su marido.

Permaneció así, inmóvil, un momento, y, al fin, ella también a su vez estalló en sollozos.

Él temblaba:

—¿También tú lloras...? ¿También tú?

—No puedo evitarlo. Yo no podré ser feliz jamás sin haber llorado antes todo mi dolor y toda mi pena.

De nuevo David Holm sintió sobre su frente la suave corriente de aire fresco. Se secaron sus lágrimas y dibujó una sonrisa misteriosa.

Había cumplido la primera de las cosas que le habían sido impuestas por los acontecimientos de la noche. Le quedaba ahora ayudar al niño a quien su hermano había amado. Y le faltaba demostrar a sor María y a sus compañeras que sor Edit no se había equivocado al concederle su amor. Le faltaba reconstruir su arruinado hogar. Le faltaba, finalmente, transmitir a todos los hombres el mensaje del carretero de la Muerte.

Después de realizadas todas estas cosas, se reuniría con la bien amada.

Permaneció sentado en su silla. Se sentía infinitamente viejo. Se volvió paciente y sumiso, como acostumbran serlo los ancianos. No se atrevía a esperar nada, a desear nada. Se contentaba con cruzar las manos y pronunciar en voz baja la plegaria del carretero:

—¡Señor, Dios mío! ¡Permitid a mi alma llegar a su madurez antes de ser segada...!